

SERVICIO
SECRETO

SS

LA DAMA. SU MAYORDOMO Y EL ASESINO

Clark Carrados



La mujer que estaba a cargo de la oficina de empleo dio un respingo y miró de nuevo al solicitante. A través de los gruesos cristales de sus gafas, con montura negra, vio a un hombre joven, fornido, anchísimo de hombros, de casi un metro noventa y de rostro feo, pero enormemente atractivo. Mabel Trutloe esbozó una tímida sonrisa.

Philo Dennison sonrió también.

—En todos los asuntos de crímenes, cine o novela, el mayordomo es siempre el asesino —añadió jovialmente.

—Ah, busca un empleo de mayordomo.



Clark Carrados

La dama, su mayordomo y el asesino

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1588

ePub r1.0

Lds 24.03.19

Título original: *La dama, su mayordomo y el asesino*

Clark Carrados, 1981

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—¿Profesión?

—Asesino.

La mujer que estaba a cargo de la oficina de empleo dio un respingo y miró de nuevo al solicitante. A través de los gruesos cristales de sus gafas, con montura negra, vio a un hombre joven, fornido, anchísimo de hombros, de casi un metro noventa y de rostro feo, pero enormemente atractivo. Mabel Trutloe esbozó una tímida sonrisa.

Philo Dennison sonrió también.

—En todos los asuntos de crímenes, cine o novela, el mayordomo es siempre el asesino —añadió jovialmente.

—Ah, busca un empleo de mayordomo.

—Algo por el estilo, señora.

—A ver, deje que mire...

Dennison contempló a la empleada. Unos treinta y cinco años, pechugona, piel muy suave, pelo negro... Estaría casada y tendría cuatro o cinco chiquillos, dedujo.

—Sí, tengo una solicitud de colocación —dijo ella por fin—. El nombre es D.

V. Gramstock

y reside en la Avenida Oeste del Lago, número cuatro mil trescientos once. Le daré una nota y podrá presentarse mañana.

—¿Mañana?

—Sí. Me telefonearon hace poco, para saber si tenía algo, y dijeron que, en todo caso, el solicitante se presentase mañana a las once.

—Bueno, esperaré...

Mabel sonrió.

—Está sin blanca —dijo.

—Hay telarañas en mis bolsillos y en el estómago —contestó Dennison desenvueltamente—. Y hace tres días exactamente que no veo el color de un billete.

Mabel consultó su reloj.

—Cerraré dentro de diez minutos —manifestó—. Si puede esperar, quitaré esas telarañas de su estómago. Estamos aquí para ayudar a los desesperados en todos los sentidos.

—Marcaré este día con piedra blanca... cuando tenga para comprar una piedra blanca —rió Dennison.

Mabel resultó divorciada y no tenía hijos. Le llevó a su casa y le sirvió una opípara cena, admirándose de la cantidad de alimentos que era capaz de ingerir su huésped. Y luego sucedió lo inevitable.

Con las gafas puestas, Mabel parecía una oficinista típica. Sin ellas, resultó una amante apasionada y exigente. Dennison no se quedó atrás y dio sobradas muestras de su capacidad amorosa.

A la mañana, cuando despertó, se encontró solo en el dormitorio. Encima de la mesilla de noche, había un sobre, con una indicación: «Para mi querido asesino».

Abrió el sobre. Dentro había una cuartilla y dos billetes de diez dólares. La nota decía:

«Tienes el café hecho. Saquea la nevera sin miedo. Deja la llave bajo el felpudo. Ha sido la noche más maravillosa de mi vida.

»Mabel«.

»El color de los billetes es verde«.

Dennison sonrió.

—Simpática Mabel.

Cuando se iba a marchar, añadió algo al otro lado de la cuartilla:

«Un día devolveré el préstamo al ciento por uno, querida samaritana.

»Tu asesino«.

Antes de las once de la mañana, llamaba a la puerta de servicio de una lujosa residencia. Alguien abrió poco más tarde.

—Me envían de la oficina de colocación, señora —dijo Dennison —. Hay un puesto vacante de mayordomo...

La mujer, alta, delgada, angulosa, le miró críticamente.

—Tendrá experiencia, supongo.

—Puedo mostrarle mis recomendaciones, señora.

—Soy Sue Talbot, ama de llaves.

—Philo Dennison.

—Está bien, entre —dijo el ama de llaves—. La decisión, como puede comprender, corresponde a la señora.

—Perdón. ¿Ha dicho «señora»?

Sue se volvía ya y rectificó su gesto.

—Sí, la señora Gramstock. ¿Tiene algo de particular?

Dennison contempló el sobre de la oficina de empleo.

—Aquí dice D. V. Gramstock...

—Daphne Victoria —puntualizó el ama de llaves—. Sígame, tenga la bondad.

Dennison atravesó la zona de servicios y llegó a un amplio vestíbulo, del que arrancaba una lujosa escalinata. La señora Gramstock se dijo, debía apalearse el dinero.

Sería una mujer gorda, madura, con papada... En las fiestas, se echaría encima un par de kilos de joyas... Estaría constantemente quejándose de sus achaques y maldiciendo a los médicos y llamándolos a cada momento...

Mientras reflexionaba, Sue había entrado en el salón, del que salió a los pocos minutos, dejando la puerta entreabierta.

—La señora le va a recibir —anunció.

Dennison cruzó el umbral. Casi estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa.

Estaba completamente equivocado. La señora Gramstock no era la clase de mujer que se había imaginado.

—Señora —saludó respetuosamente.

Daphne le miró durante un par de segundos.

—Ha traído referencias, supongo.

—En efecto. Si la señora quiere verlas...

—No es necesario. Le contrato.

—Gracias, señora.

—Su nombre es...

—Dennison, Philo Dennison.

—Muy bien, Philo. Sue le dirá...

El teléfono sonó en aquel instante. Daphne levantó el aparato.

—¿Sí?

Alguien dijo algo al otro lado de la línea. Daphne se puso furiosa.

—No sea estúpido. No creo su historia en absoluto y no vuelva a molestarme más o llamaré a la Policía. Las cosas quedaron definitivamente claras hace año y medio y no es necesario que insista sobre el particular. ¡Adiós!

Daphne Colgó secamente. Estaba muy agitada, observó Dennison.

—Discúlpeme —rogó—. Ha sido una llamada inoportuna... ¿De qué hablábamos, Philo?

—La señora estaba diciendo que Sue me diría...

—Ah, sí, ella le indicará su habitación y le instruirá en los detalles imprescindibles para su trabajo. Queda contratado, Philo.

Dennison se inclinó.

—Gracias, señora. Haré todo lo posible para que la señora no quede descontenta de mí.

Sue aguardaba en el vestíbulo.

—Venga, le enseñaré su habitación.

—¿Cómo sabe que la señora me ha contratado? —se admiró él.

Sue sonrió imperceptiblemente.

—Se le ve en la cara, hombre.

Dennison conoció su alojamiento y tuvo que admitir que en aquella residencia la servidumbre estaba muy bien tratada. Sue le enteró de algunos detalles mínimos y luego dijo que iba a inspeccionar la limpieza de la casa.

—Usted puede cambiarse de ropa mientras tanto, para que pueda atender una llamada en cualquier instante. Si tiene la ropa adecuada, claro.

—La tengo, señora Talbot —sonrió Dennison—. Una pregunta, por favor.

—¿Sí?

—Me ha contratado la señora, pero no sé si es viuda o tiene aún esposo o está divorciada... Sin embargo, da la impresión de ser soltera.

—El esposo de la señora fue asesinado el mismo día de su boda

—contestó Sue heladamente.

* * *

Parecía una chiquilla indefensa, se dijo Dennison, mientras se ajustaba el nudo de la corbata negra, sobre la impecable camisa blanca. Era una muchacha que no tendría más de veintitrés años, alta, sumamente esbelta, de rostro angelical, enmarcado por una espesa mata de cabellos dorados, y con unos ojos azules preciosos. En su vida se habría imaginado llegar a servir a una mujer como Daphne Gramstock.

Y su esposo había sido asesinado el mismo día de la boda... Claro, se dijo de pronto. Ahora recordaba el suceso. Estaba fuera del país cuando se produjo, pero había leído más tarde algunas informaciones sobre el particular. Sí, era algo que había hecho bastante ruido. Pero el tiempo transcurría inexorablemente, y la gente había acabado por olvidarse del asesinato de Irving Gramstock, cosa que había ocurrido el mismo día en que se había unido en matrimonio con aquella encantadora criatura.

Terminó de vestirse y fue a la cocina. Allí conoció a la cocinera y las dos doncellas, y ocultó una sonrisa al captar las miradas sorprendidas y admirativas que le dirigían las tres mujeres. De repente, entró el ama de llaves.

—Philo —llamó.

El joven se volvió en el acto.

—«Señor» Dennison —corrigió.

Sue se puso colorada.

—Disculpe... La señora desea que le sirva el almuerzo.

—Gracias. Lo haré enseguida.

—Después tendrá que ocuparse de los coches. La señora despidió al último chófer hará unos seis meses. Desde entonces, es el mayordomo quien conduce su automóvil, cuando no lo hace ella personalmente.

—Lo tendré en cuenta, señora.

—Después, limpiará la plata...

—Si tengo que ocuparme de los coches, no podré hacerlo.

—Lo hará, señor Dennison.

—Señora —dijo el joven, frunciendo el ceño—, no sé cuánto

tiempo llevará usted en la casa, pero quiero que quede sentada una cosa desde este momento: el rango de mayordomo es superior al de ama de llaves y no pienso admitir órdenes tuyas. Si no le gusta lo que acabo de decir, vaya a la señora y pídale que me despida.

Sue enrojeció violentamente.

En la cocina sonaron unas risitas reprimidas.

—No le diré eso a la señora —contestó Sue—. Sólo trataba de...

Dennison se volvió hacia la cocinera.

—Martha, tenga la bondad de prepararme el almuerzo para la señora —solicitó cortésmente.

—Sí, señor Dennison, ahora mismo —repuso la interpelada.

Sue se marchó. Mientras ponía los platos sobre la bandeja, Martha dijo:

—Ya era hora de que llegase alguien que supiera parar los pies a esa arpía. Ha hecho muy bien, señor Dennison; no se deje avasallar por la señora Talbot. A veces, se cree que es la dueña de la casa, ¿me comprende?

—Sí, Martha, la comprendo perfectamente.

Dennison se alejó poco después. En la cocina sonaron tres profundos suspiros.

—¡Qué hombre!

—Está como un tren.

—Me lo comería vivo...

Y así empezó Dennison su trabajo en una casa, cuya propietaria había enviudado el mismo día de su boda.

CAPÍTULO II

Durante una semana, la vida transcurrió plácidamente en la casa. Dennison se mostró como un mayordomo discreto y eficiente, y los roces que había tenido con el ama de llaves se convirtieron en una relación menos tirante. Daphne salió un par de veces, atendiendo sendas invitaciones, pero en ambas ocasiones condujo ella uno de sus coches.

Ocho días más tarde, inesperadamente, Daphne le dio una orden:

—Tengo que salir, Philo. Prepare el coche grande.

—Bien, señora.

—Cámbiese de ropa, pero no se ponga uniforme.

—Sí, señora.

Daphne le indicó una dirección, que a él le hizo fruncir el ceño, pero pensando en su empleo, no hizo el menor comentario. Media hora más tarde, paró el coche frente a un edificio de aspecto poco recomendable.

Parecía un almacén comercial, ahora abandonado. Junto a él, había una casa que daba la sensación de ir a caerse de un momento a otro. Se apeó del coche, dio la vuelta y abrió la portezuela.

—Espere aquí, Philo —dijo ella.

—Sí, señora.

Dennison observó que la joven apretaba su bolso contra el pecho. Estaba muy pálida y agitada, pero al mismo tiempo, parecía resuelta a cumplir con lo que Dennison estimó era un amargo deber.

Daphne cruzó el espacio que había entre el coche y la casa ruïnosa, y llamó a la puerta, protegida por una marquesina demasiado inclinada. Alguien abrió a los pocos segundos.

Era un sujeto que estaba en mangas de camisa. Dennison vio los

sobacos húmedos del hombre, la cara sin afeitar y la colilla apagada que pendía de sus labios porcinos. Los pantalones estaban sostenidos por unos tirantes deshilachados y llevaba los pies, sin calcetines, metidos en unas viejas babuchas de cuero rozado.

Dennison se preguntó por qué una joven tan distinguida tenía que ir a un lugar tan miserable. La vio desaparecer en el interior de la casa, y de pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, se acercó al edificio, procurando no ser visto.

Al llegar junto a la casa, se agachó y pasó por debajo de las ventanas, a fin de observar lo que sucedía en el interior. Una de las ventanas tenía la persiana completamente bajada y no podía ver nada. Cuando llegaba a la otra, oyó un pequeño grito.

Miró por encima del antepecho. Había un hombre con un revólver en la mano. El arma escupió dos fogonazos. Daphne gritó. Dennison la oyó claramente.

Luego vio que el asesino tiraba el revólver y daba media vuelta. Presintiendo lo que iba a suceder, corrió hacia la parte trasera.

El hombre abrió la puerta posterior. Dennison saltó hacia él. La más viva sorpresa se reflejó en el rostro del individuo. Pero el puño de Dennison volaba devastadoramente hacia su mandíbula.

Dennison se precipitó en la casa de un salto. Inmediatamente, apreció lo sucedido.

Había un hombre caído en el suelo, sobre la sangre que brotaba de las heridas que tenía en la espalda. Daphne lo contemplaba con ojos llenos de terror.

El revólver homicida estaba a sus pies.

—¡No toque el arma! —gritó Dennison.

Dio media vuelta, agarró al asesino por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hasta el interior de la casa.

—Señora, debemos marcharnos —dijo.

Daphne señaló al asesino.

—Se llevó algo que yo había entregado a... al muerto...

El joven se arrodilló, registró al desvanecido y encontró un sobre grueso.

—¿Esto?

—Sí.

—Salga por la puerta trasera y espéreme —dijo Dennison.

Daphne obedeció. El joven corrió a la puerta principal y oteó el

panorama. Nadie parecía haberse percatado de lo sucedido. La zona aparecía completamente desierta. Una moto petardeó a lo lejos. Dennison pensó que, si alguien había oído las detonaciones, podía pensar que se trataba del tubo de escape de la motocicleta. Salió tranquilamente, subió al coche, arrancó y dio la vuelta a la casa.

Daphne corrió hacia el vehículo. Apenas estuvo acomodada en el asiento posterior, Dennison arrancó de nuevo y tomó un camino lateral, que partía en dirección opuesta. Minutos más tarde, alcanzaban uno de los accesos a la autopista. Dennison manejó el coche hasta alcanzar el límite máximo permitido de velocidad, y luego se relajó. —Philo— dijo Daphne a través del teléfono interior.

—¿Señora?

—Tendría que explicarle los motivos de mi presencia en esa casa.

—La señora no tiene por qué dar explicaciones de sus actos a un sirviente.

—Pero usted me ha salvado de un compromiso serio... Ese hombre quería achacarme el asesinato...

—¿Lo conocía usted?

—Al asesino, no; nunca le había visto. El otro...

—No siga, señora, por favor.

—Me siento terriblemente aturdida. Nunca me había visto en una situación semejante.

—Me lo imagino.

—¿Cómo apareció usted tan oportunamente?

—La señora tendrá que disculparme —sonrió Dennison—. Tengo el maldito... perdón por la expresión. Quise decir que soy muy curioso.

—En este caso, habría que bendecir su vicio.

—Gracias, señora. Pero si me permite un consejo...

—Se lo agradeceré, Philo.

—Tengo la impresión de que la señora estaba sometida a un chantaje. Había mucho dinero en ese sobre, ¿verdad?

—Cinco mil dólares.

—Por muy... indiscreto que pudiera ser lo que haya hecho la señora, nunca debió ceder a las pretensiones del chantajista. Los tipos de esa clase no cesan jamás de exprimir a sus víctimas. Es preferible pasar un poco de vergüenza una temporada, a vivir

constantemente alimentando a un insaciable vampiro. Las complicaciones que surgen a la larga, son infinitamente mayores. ¿Me ha comprendido, señora?

—Sí, perfectamente, Philo. Pero es que no se trataba de ningún chantaje.

Dennison mostró su sorpresa.

—¿Entonces...? —dijo maquinalmente.

—Philo, si no le importa, prefiero callar por el momento los motivos que me llevaron a visitar al muerto.

—Como ordene la señora. ¿Volvemos a casa?

—Desde luego, Philo. Por favor, no diga nada al resto de la servidumbre...

—La señora tiene garantizada mi discreción —aseguró el joven.

* * *

Martha, la cocinera, y las dos doncellas, Betty y Peggy, charlaban animadamente, mientras Dennison leía el periódico en la cocina. La cocinera se quejaba del poco apetito de la señora en los últimos días.

—Le hace falta un hombre —dijo Peggy, cáusticamente.

—Un hombre de veras, en efecto —convino Betty, con la vista fija en el atractivo mayordomo.

Martha miró también a Dennison y sonrió.

—Hasta ahora, no se puede decir que no le hayan faltado pretendientes, pero son de pena —dijo.

—Y buscan la «pasta».

—Claro. Lo demás les tiene sin cuidado.

Dennison oía muy vagamente los comentarios. Estaba con su atención concentrada en la noticia del crimen cometido la víspera.

El muerto se había llamado Nicky Dotts, y había salido de la cárcel pocos días antes, tras cumplir una condena de año y medio por falsificación. Nadie había visto al asesino. No se conocían los motivos del crimen, aunque el periodista se atenía a la hipótesis de un «ajuste de cuentas».

Podía ser, se dijo Dennison. Tal vez Dotts había hecho un trabajito para alguna banda y luego se había creído conveniente cerrarle la boca. Pero, en tal caso, ¿por qué Daphne tenía que

entregarle cinco mil dólares? ¿Qué iba a recibir a cambio de semejante cantidad de dinero?

Sue entró en aquel momento.

—La señora desea que le sirvan café —anunció.

Dennison plegó el diario y se puso en pie.

—Ahora mismo —sonrió.

Llevó el café al salón, en donde Daphne parecía enfrascada en escribir algo. La joven le miró un instante, pero su rostro carecía de expresión.

No obstante, más allá de sus ojos, había dolor, adivinó Dennison.

Sin embargo, ella no le dijo nada ni hizo el menor comentario sobre lo sucedido la víspera. Dennison dejó la bandeja y se retiró discretamente.

Al día siguiente, tenía toda la tarde libre. De pronto, se acordó de Mabel Trutloe.

En cuanto tuvo ocasión, la llamó por teléfono.

—Tengo el estómago sin telarañas, pero admitiría una invitación a cenar —dijo.

—Ven a las siete —rió ella, jubilosamente.

—A las cinco. Tendré que estar de vuelta muy pronto.

—De acuerdo, encanto.

Aquella noche, Dennison oyó ruidos en su cerradura. La puerta estaba cerrada con llave por dentro.

Alguien, al otro lado, lanzó una exclamación de enojo.

Un cuarto de hora más tarde, sonaron unos ruidos análogos, otra fracasada intrusa emprendió una silenciosa retirada.

Estaba durmiéndose, cuando de repente, volvió a oír los mismos ruidos. Sentado en la cama, miró hacia la puerta.

Betty y Peggy habían sido las primeras, no cabía duda. Eran jóvenes, atractivas... pero ¿quién era ahora? ¿La seca y angulosa señora Talbot? ¿La rolliza Martha?

Volvió el silencio. Sonrió mientras se recostaba de nuevo. Al fin Consiguió dormirse.

* * *

Mabel lanzó un gruñido animal, mordió el hombro masculino, se convulsionó con violencia unas cuantas veces, exhaló un largo

suspiro y luego se relajó poco a poco.

—Querido asesino —murmuró placenteramente.

Dennison rompió el contacto y rodó a un lado. Mabel apoyó la cabeza en su ancho torso.

El índice femenino se paseó por el pecho del hombre, ligeramente velludo.

—Me gusta tu forma de matar a la gente —dijo.

—Sólo mato a mujeres jóvenes y bonitas —rió él.

—Yo empiezo a dejar de serlo...

—No digas tonterías. Cada vez que te miro, te encuentro más apetitosa. Por cierto, aún no te he dado las gracias por el empleo.

—¿Que no? —Mabel lanzó una alegre carcajada—. Lo has hecho en varias ocasiones... y de la forma más maravillosa que podía imaginar.

Dennison sonrió.

—Es mi carácter —repuso.

—Me gusta —dijo ella—. Por cierto, ¿qué tal te encuentras en casa de la señora Gramstock?

—Oh, no podía haber encontrado un sitio mejor. Pero tú, condenada tramposa, no me dijiste que se trataba de una mujer.

—Me imaginé tu sorpresa y ello me divirtió muchísimo. Es guapa, ¿verdad?

—¿La conoces?

—Por los periódicos y las revistas. Joven, hermosa, con «pasta» en abundancia, viuda... ¿Qué más se puede pedir? —Mabel volvió a suspirar—. Envidio a Daphne, te lo digo sinceramente.

—Ella te envidiaría a ti ahora —dijo Dennison, abrazándola con fuerza—. ¿Sabes qué le sucedió a su esposo?

—Lo asesinaron el día de su boda.

—Sí, eso ya lo sé, pero allí nadie menciona el suceso. Por lo visto, es un tema tabú.

—Bueno, por lo poco que yo sé... Ocurrió cuando se daban el primer beso, tras la ceremonia. Todavía estaban abrazados y alguien se acercó al novio y le dijo algo. El se disculpó, la dejó unos momentos con los parientes e invitados... y ya no se le volvió a ver vivo.

—Es decir, todavía estaban en el lugar de la ceremonia.

—Sí, en los jardines de la propia casa de ella. El cadáver de

Irving apareció varios días más tarde, en un descampado. Después de matarlo a tiros, le habían quemado, aunque quedaron restos suficientes para identificarlo.

—Comprendo.

Mabel se incorporó sobre un codo. Sus hermosos pechos se balancearon unos instantes.

—¿Te interesa el caso?

—Era curiosidad, simplemente.

—¡Hum! —dudó ella maliciosa—. Pero si quieres saber más detalles, habla con Kate Gordon.

—¿Quién es esa fulana?

—La novia del muerto.

—¿De Irving?

—Sí. La abandonó para casarse con Daphne. Incluso se dijo entonces que ella había tenido que ver con el caso, pero probó su coartada. De todos modos, yo sospecho que ella sabe más de lo que dio a entender entonces.

—¿Por qué lo dices, Mabel?

—En este caso hay algo muy turbio...

—¿Mafia?

—No lo creo, aunque sí tiene que estar relacionado con una banda de forajidos. Tanto Kate como el muerto habían estado detenidos un par de veces, aunque consiguieron ser libertados bajo fianza. Kate, incluso, ha sido arrestada otra vez, después de la muerte de Irving.

—Iré a verla, aunque rió mañana, claro —sonrió Dennison.

—En todo caso, ten cuidado. Es guapa, pero tiene un genio infernal. No separes la vista del lado derecho de su falda.

—¿Qué? —Respingó él.

—Lleva una pistolita, en un arnés especial, sujeto al muslo. La llaman «La Pantera» y no gratuitamente, Philo.

—Lo tendré en cuenta. Pero, dime, ¿cómo sabes tantas cosas?

Mabel se echó a reír y sus senos reflejaron la agitación de su cuerpo.

—En mi oficina deberían cambiar el título y poner otro que dijera: «Oficina de Chivatos, Soplones y Charlatanes» —contestó—. No sabes la cantidad de cosas que se oyen al cabo del día...

Bruscamente, Dennison tiró de ella hacia sí.

—Pero allí no puedes oír lo que voy a decirte ahora —murmuró ardorosamente.

Un buen rato después, Mabel abandonó la cama y tanteó con las manos en busca de las gafas. Soltó una risita.

—Sin los vidrios, no veo tres en un burro —dijo alegremente—. ¿Cómo anda tu estómago, querido asesino?

Dennison se frotó la región aludida.

—Parece el de un náufrago —contestó.

—Descuida, pronto te lo llenaré —aseguró Mabel. Y se alejó, completamente desnuda, con gran balanceo de sus poderosas caderas.

Dennison se reclinó en la cama y puso las manos bajo la nuca. ¿Debería hablar con Kate Gordon, alias «La Pantera»?

En todo caso, tendría que esperar a su próximo día libre.

CAPÍTULO III

Dennison sirvió el desayuno a la mañana siguiente. Daphne aparecía muy recuperada, fresca y animada. Cuando se disponía a retirarse, ella hizo un gesto con la mano.

—¿Philo?

—Sí, señora.

—Esta noche tengo invitados a cenar. El señor Alviss Thurmond, mis primos Reg y Lisa Marston, y el matrimonio Calder, Mike y Eva. Por lo tanto, seremos seis a la mesa.

—Muy bien, señora.

—Ocúpese de todos los detalles. Procure que nada falte.

—Sí, señora. ¿Desea la señora un menú especial?

—Hablaré luego con Martha sobre el particular. Eso es todo, Philo.

Dennison se inclinó y dio media vuelta. Cuando llegaba a la puerta, ella volvió a llamarle.

—Diga, señora.

Daphne le miró escrutadoramente.

—¿Ha leído los periódicos, Philo?

—Si la señora se refiere al desgraciado suceso del otro día, le diré que no han vuelto a mencionarle. Cosas como ésa suceden continuamente. La muerte de un maleante como Dotts no es cosa que merezca más espacio en los diarios.

—Comprendo. Gracias por su discreción, Philo.

—La señora puede contar conmigo, para cualquier cosa —dijo él solemnemente.

Al salir de la estancia, se tropezó con Sue.

Había color en las mejillas del ama de llaves. Dennison supo que había estado escuchando, apartándose de la puerta con el tiempo

justo para no ser sorprendida.

—¿Quería algo de mí, señora Talbot?

—Oh, no, nada en particular, señor Dennison —respondió ella.

—La señora tiene invitados a cenar esta noche. Deberíamos estudiar el asunto, para que no se produzcan fallos inoportunos, que resultarían altamente desagradables.

—Como usted ordene, señor Dennison.

—Bien, sígame, por favor. Deseo inspeccionar el comedor.

Sue echó a andar detrás del joven. En el comedor, Dennison, con graves ademanes, señaló detalles imperfectos y encargó se corrigieran sin pérdida de tiempo. Tocó las cortinas y encontró polvo, lo que le hizo emitir cáusticos comentarios acerca de los hábitos de limpieza de la servidumbre. Sue se disculpó, diciendo que no podía estar en todo.

—Su obligación es «estar en todo» —dijo él heladamente.

—Procuraré que no se repita —respondió Sue con mansedumbre.

Dennison había adoptado aquel aire de displicente superioridad, a la vez que enérgico, seguro de que le daría buenos resultados, y empezando a comprobar su efectividad. Cuando llegó la hora de la cena, todo ofrecía un aspecto lleno de perfecciones, sin que se advirtiese el menor fallo.

Incluso Daphne quedó asombrada de los esfuerzos desplegados por su mayordomo, al que felicitó sinceramente. Ella estaba ataviada ya para la cena y a Dennison le pareció más hermosa que nunca.

El teléfono sonó de pronto.

—Discúlpeme ante quien sea, Philo —ordenó ella—. No estoy para nadie.

Dennison asintió. Levantó el aparato y dijo:

—Residencia de la señora Gramstock. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Eso no importa ahora —contestó un desconocido—. Póngame con ella...

—Lo siento, señor; lamento tener que informarle de la ausencia de la señora. Si desea darme un recado, se lo transmitiré con mucho gusto...

—Oiga, usted es el mayordomo, ¿verdad?

—En efecto, señor.

—Escuche bien, «cara de palo». Ella está en casa, porque yo lo sé; la he visto hace menos de diez minutos. Si no quiere ponerse al teléfono, de acuerdo; pero dígame que me estoy cansando de esperar y que tiene que soltar la «pasta» pronto o el hombre que ella sabe lo pasará muy mal. ¿Entendido, «cara de palo»?

—El señor se ha expresado perfectamente. Daré su mensaje a la señora cuando regrese.

Gracias, señor.

Al otro lado de la línea sonó un «Brrrr...» de burla. Dennison se volvió hacia la joven.

—¿Qué le han dicho, Philo? —preguntó Daphne.

—El caballero que llamaba no quiso dar su nombre. Pide cierta cantidad de dinero, por lo visto.

—Otra vez ese despreciable sujeto —exclamó ella, muy furiosa.

—¿Tiene la señora algún problema? Si es así, me gustaría ayudarla...

Daphne le miró de frente.

—Hace un año, me comunicaron la increíble noticia de que mi esposo estaba vivo y me pidieron dinero para que no le sucediera nada. No quise hacerle caso al desconocido, y éste ha seguido llamándome con regularidad. No puedo creer que Irving esté vivo. Y si fuese cierto, ¿por qué no se presenta? De pronto, ella se pasó una mano por la frente.

—Disculpe, estoy muy nerviosa... ¿Le han dicho que si no doy el dinero cierta persona lo va a pasar muy mal?

—En efecto, señora —confirmó Dennison.

—No pienso ceder a ese chantaje. Si mi esposo está vivo, que venga a verme.

—La señora hace perfectamente, aunque, si me lo permite, el otro día iba a ceder al chantaje —le recordó él.

—Aquel dinero era para pagar unos informes que me interesaban —explicó Daphne—. Pero no tuve tiempo de enterarme de lo que Dotts quería decirme.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Creo que llegan los primeros invitados —dijo Dennison—. Con permiso de la señora...

Se estiró los puños de la camisa, se ajustó la chaqueta con

faldones y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia ella.

—La señora debería empolvarse la nariz y borrar de su rostro las huellas del disgusto que acaba de recibir —dijo.

Daphne sonrió levemente.

—Seguiré su consejo, Philo —repuso.

* * *

Alviss Thurmond, uno de los invitados, aunque relativamente joven todavía, tenía todo el aspecto de negociante próspero, pagado de sí mismo y de su fortuna y lleno de orgullo por el lugar conseguido en la sociedad, aunque Dennison estimó que lo había conseguido con muy poco o ningún sentido de la honestidad. Comía vorazmente, como si acabase de ser rescatado de un naufragio y el joven, que tampoco se quedaba atrás en cuestión de apetito, se dijo que no había visto a nadie devorar de una sola vez tan ingentes cantidades de alimentos. «Un día explotará como un globo al que se le acerca la brasa de un cigarrillo», pensó, al ver su rostro congestionado por el doble efecto de la comida y el alcohol.

Además, pretendía a Daphne sin ningún escrúpulo y lo hacía público a la menor ocasión que tenía.

—A ti te hace falta un hombre como yo, querida —dijo, con la boca llena—. No puedes seguir sola eternamente, aquel bandido de Irving no debió haberte abandonado por nada, tras la ceremonia...

Thurmond bebió de un golpe toda una copa de champaña, y consiguió evitar un eructo milagrosamente. Daphne volvió la vista a otro lado.

Dennison vigilaba que todo fuese bien durante la cena, servida por Betty y Peggy, a las que había aleccionado debidamente durante la tarde. Las dos doncellas le miraban constantemente de reojo, temerosas de incurrir en su cólera a cada movimiento que estimaban incorrecto. Dennison, como el capitán de un buque en el puente de mando, se mostraba en todo momento activo, incansable y eficaz, ocupándose del servicio de vinos especialmente.

Pero también estudiaba a los otros invitados. Reg y Lisa Marston, los primos de Daphne, andaban por los treinta años, y aunque vestían con elegancia, ofrecían un aspecto insignificante y

sin relieve. Debían de vivir, o poco menos, a la sombra de su prima. El coche en que habían llegado tenía ya varios años y ofrecía indudables muestras de demasiados servicios. Dennison se preguntó cuánto le pedirían a la primera ocasión que se les presentase.

Los Calder, Mike y Eva, eran una pareja bastante diferenciada. El andaba por los cuarenta y cinco y era alto, seco, de mirada de águila. Eva Calder debía de tener unos treinta y dos años, y tenía una figura pródiga en curvas. El escote de su espectacular vestido apenas sí cubría los senos, rotundos, agresivos. Dennison calculó que podían tener negocios en común con la dueña de la casa. De otro modo, no se comprendía la presencia de aquella pareja en la cena.

—He hablado muy en serio, Daphne —dijo Thurmond de pronto—. Y lo digo en público, porque no tengo nada que ocultar. Cásate conmigo. No te pediré un solo centavo de tu dinero, por fortuna, no lo necesito. Pero me ocuparé de que te produzca más réditos, y sobre todo, que esté mejor administrado, cosa que dudo suceda en estos momentos. —Alviss, por ahora estoy muy satisfecha con mis abogados— respondió la joven sosegadamente. —De todos modos, gracias por tu ofrecimiento...

—¿Y mi petición de mano? ¿Qué me contestas?

—Lo siento. No tengo ganas de casarme.

—Cuando las tengas, avísame antes que a otros —gruñó Thurmond, a la vez que se metía en la boca un enorme trozo de carne asada.

De pronto, Dennison sintió fija en él la mirada de Eva Calder.

—Daphne, querida —dijo la espectacular rubia—, ¿de dónde has sacado a este monumento de mayordomo?

—Necesitaba uno y lo pedí a la agencia de empleos. Vino Philo, establecimos las condiciones económicas y empezó a trabajar, así de sencillo, querida.

Eva soltó una risita.

—Es una lástima que no vivamos en tiempos de la esclavitud. Te lo compraría inmediatamente.

—Yo no te lo permitiría —gruñó su esposo—. Tu único hombre soy yo, Eva, métete eso de una vez en tu loca sesera.

—Mike, por favor, ella hablaba en broma —intervino Daphne—. Demasiado sabes que te ama apasionadamente.

—Me gustaría creerlo...

Dennison decidió intervenir también.

—El señor querrá un poco más de este champaña tan estupendo —dijo.

—No, no quiero beber más —contestó Calder de mal talante—. Padezco del hígado.

—Disculpe el señor. Señorita Marston...

—Sí, gracias —contestó Lisa con voz que parecía de rata constipada, en opinión del impecable mayordomo.

—Daphne, ¿qué opinas tú? —preguntó de pronto Mike Reg Marston—. Por ahí se dice que tu esposo no murió, Daphne se puso rígida.

—¿Quién te ha dicho eso, Reg?

—Tu primo está chiflado —exclamó Thurmond—. Irving está más muerto que mi abuela.

La Policía lo admitió así y suelen equivocarse muy pocas veces.

—Lo siento, prima —se disculpó Marston—. No quise herirte...

—Tú no me puedes herir, Reg —contestó Daphne desdeñosamente.

De pronto, Thurmond levantó una mano.

—Philo, ¿por casualidad hay helado para postre? —Sí, señor.

—Tráigame una copa así de grande... —Thurmond hizo cuenco con las dos manos—. ¿Entendido?

—Bien, señor.

—Yo también quiero helado —manifestó Calder—. ¿Eva?

—Bueno, de acuerdo.

—Ordenaré que los preparen —dijo Dennison.

Fue a la cocina, habló brevemente y regresó al salón. Thurmond seguía ingiriendo grandes cantidades de comida y de bebida. «Su estómago no tiene fondo», pensó el joven.

Peggy y Betty llegaron con los helados. El de Thurmond era una monumental copa, que provocó risas y burlones comentarios entre todos los presentes. Thurmond, sin hacer caso, atacó el helado con la cucharilla.

Una vez, Dennison cambió una mirada con la joven. Daphne expresaba claramente el asco que sentía hacia su invitado. Al terminar su helado, Thurmond, esta vez, no se pudo contener y eructó.

Dennison volvió la cabeza a un lado. Eva soltó una risita.

—¡A la pocilga! —dijo.

Thurmond se limpió los labios.

—Dispensen —habló sin el menor empacho.

En aquel instante, Calder dobló la cabeza sobre su pecho.

Eva se alarmó.

—¡Mike! ¿Qué te ocurre?

Calder no contestó. Eva le sacudió por el hombro y entonces, Calder, lentamente, rodó al suelo y se quedó boca arriba, con los ojos muy abiertos, completamente inmóvil.

Lisa chilló agudamente. Daphne se puso en pie.

Thurmond lanzó un obsceno juramento, mientras Eva se desmayaba dramáticamente. Dennison corrió en auxilio del recién caído.

Inclinándose sobre él, apoyó la oreja en su pecho. De súbito, percibió un leve olorcillo, que superaba a los de los manjares de la cena.

Incorporándose, paseó la mirada por todos los presentes. Luego se acercó a la copa vacía del helado que había tomado Calder y la olisqueó varias veces.

—No toquen esta copa, por favor —rogó—. Con permiso de la señora, voy a avisar a la Policía. El señor Calder ha muerto envenenado.

CAPÍTULO IV

El teniente Malloy, de Homicidios, se encaró con Dennison en último lugar. Los invitados y la servidumbre habían sido interrogados ya, y los primeros habían sido autorizados a abandonar la casa. Malloy, un tipo de rostro redondo y expresión ingenua, pero, realmente, astuto como un zorro, dio una chupada a su cigarro antes de lanzar la primera pregunta.

—Dennison, ¿en su opinión, quién es el culpable?

—Yo, señor.

Malloy le miró con desconfianza.

—Cuando se produce un crimen misterioso, en un ambiente de alta sociedad, el asesino es siempre el mayordomo —agregó Dennison.

—Está de broma —refunfuñó el policía—. No creo que usted asesinara a Calder, aunque debo admitir que ha sido un crimen muy bien ideado.

—Perfecto diría yo, señor.

—Perfecto significaría que no encontraríamos jamás al criminal, y no puedo admitir una eventualidad semejante. —Malloy blandió un papel—. Tengo aquí la lista de todos los presentes en la casa durante la cena, los invitados y la servidumbre. Todos son sospechosos, pero todos, también, deben ser considerados como inocentes. Pero el hecho fundamental es que un hombre tomó un postre mortífero y se ha ido al otro barrio. —Así es— convino Dennison.

—Usted es joven y parece culto y distinguido. ¿Le agrada trabajar como mayordomo? —En esta época sobran ingenieros, médicos y arquitectos, y no pude encontrar siquiera un empleo de fontanero. Soy ingeniero, señor, pero mi estómago no lo sabe.

Malloy soltó una carcajada.

—¡Buena respuesta! —exclamó—. Sin embargo, parece estar acostumbrado a moverse en esta clase de ambientes...

—En mi casa hubo un tiempo en que fueron inmensamente ricos. Aprendí mucho del mayordomo que teníamos entonces, señor.

—Y se arruinaron, ¿eh?

—La fortuna de los Dennison se fue a pique.

—Lo siento. Bien, ¿tiene alguna hipótesis sobre, al menos, la forma en que fue envenenado Calder?

—¿Quiere acompañarme a la cocina, por favor?

—Con mucho gusto.

En la cocina estaba solamente Sue, sentada en una silla, quien se puso en pie al ver entrar a los dos hombres. El ama de llaves acusaba todavía los efectos del suceso y tenía la cara verdosa y los labios descoloridos.

Dennison llevó al policía junto a una repisa, situada bajo una ventana alargada, la cual, a su vez, daba a la parte posterior del jardín. La ventana tenía alzado uno de sus bastidores.

—Las copas de helado se colocaron aquí, a medida que la cocinera las preparaba. Alguien, desde el otro lado, puso el veneno en una de las copas. Tuvo que ser fácil; agazapado tras la pared, esperó el momento oportuno para dejar caer el veneno en la copa. El helado tenía un sabor muy fuerte, de licor y fresa, y «tapó» por completo el gusto del cianuro.

—Una deducción muy lógica, salvo por una cosa —dijo Malloy.

—¿Señor?

—¿Cómo sabía el asesino exactamente cuál iba a ser la copa de su víctima?

—Lo siento, señor; era la única hipótesis que se me había ocurrido.

Malloy le miró de hito en hito.

—Yo tengo otra, Dennison —manifestó—. A Calder lo asesinó su propia esposa. Era la persona más indicada para dejar caer un poco de veneno en su helado.

—¿Por qué iba a asesinarlo, señor?

—He investigado a los otros invitados. Ella era infiel con el primero que se le acercaba. Estaba harta de los reproches de su

marido... y cobrará un seguro de vida de trescientos mil dólares. ¿Le parecen pocos motivos?

Dennison hizo un gesto.

—Tal vez usted tenga razón. A fin de cuentas, es experto en crímenes —dijo.

—Por desgracia —rezongó Malloy—. Gracias por su ayuda.

—Siempre a su disposición, teniente.

El policía se marchó. Dennison se volvió hacia el ama de llaves.

—Señora Talbot, le sugiero una taza de té y una tableta de sedante, como lo han hecho las demás mujeres —dijo.

—Lo haré —accedió Sue—. Me siento tan afligida...

—¿Conocía usted al señor Calder?

—Le había visto en varias ocasiones, siempre invitado de la señora. A pesar de su aspecto, era un hombre muy agradable, aunque amargado por lo que hacía su esposa.

—¿Sabía usted qué relación tenía con la señora?

—Negocios, creo, pero no puedo darle más detalles.

—Ande, váyase a la cama, señora Talbot —dijo el joven persuasivamente—. Yo me quedaré todavía un poco.

—Sí, sí, señor. Buenas noches...

Dennison se quedó solo. Encendió un hornillo y puso una cafetera con agua.

Minutos más tarde, oyó la voz de Daphne.

—Me gustaría tomar un poco de café, Philo —dijo.

—Estoy preparándolo, señora —contestó él.

* * *

Daphne se había quitado el vestido de fiesta y llevaba puesta una bata. Su pelo aparecía suelto sobre los hombros. Dennison le acercó una taza humeante.

—Diríase que sabía que le iba a pedir café —murmuró la joven.

—Iba a subírselo a la habitación, señora. Me figuré que lo estaba necesitando.

—Usted adivina las cosas muchas veces...

—Un poco de perspicacia y algo de sentido común, nada más, señora —sonrió Dennison.

Daphne tomó un sorbo. De pronto, lanzó una exclamación.

—Usted no toma café. Sírvasse una taza, hombre.

—¡Oh, no, en absoluto! Por nada del mundo me atrevería a cometer una incorrección semejante.

—Insisto, Philo.

—Muy bien, en tal caso... —Dennison empezó a llenar su taza —. Espero que se haya recuperado —añadió.

—Un poco, aunque todavía me siento muy impresionada por lo ocurrido.

—Es lógico. ¿Piensa la señora en alguien como asesino del señor Calder?

Daphne entrecerró los ojos.

—Eva —dijo a media voz—. Pero también...

—¿Sí?

—Recuerdo vagamente movimiento de manos y copas, cuando eructó el señor Thurmond. Calder estaba al lado de mi prima Lisa.

—Y la señora Calder a la izquierda de su marido.

—Exacto. No sé... Quisiera recordar con toda exactitud, pero no me es posible...

—¿Sospecha la señora de su prima?

—Suponiendo que fuese así, ¿por qué lo hizo?

—La señora Calder cobrará un magnífico seguro de vida —dijo Dennison—. Tiene motivos, aparte de que el matrimonio no funcionaba. Pero la señorita Lisa...

—No lo sé, no se me ocurre nada, Philo.

—¿Piensa usted que esto puede tener relación con sus problemas personales?

Daphne meditó unos instantes.

—No lo creo —dijo al cabo—. Alguien tenía una cuenta que saldar con Mike Calder y aprovechó la ocasión de la cena, eso es todo.

—El señor Calder, ¿iba a pedirle algo a la señora?

—Sí. Quería que financiase parte de uno de sus negocios. Debíamos hablar más tarde. Pero no estaba dispuesta a acceder a sus deseos.

—¿Lo sabía su esposa?

—Supongo que sí. De todos modos, no puedo afirmar nada rotundamente. —Daphne miró a un lado y a otro—. Philo, deme un cigarrillo, por favor. Fume usted también, si le apetece.

—Gracias.

Callaron unos momentos. Luego, de pronto, Dennison dijo:

—La señora debería permitirme salir mañana, aunque no sea mi día libre.

—¿Por qué?

—Tengo informes de una antigua conocida del hombre que fue asesinado ante sus propios ojos, señora. Me gustaría interrogarla.

—¿Cree que sacará algo, Philo?

—Eso espero, señora.

—Bien, vaya... Pero téngame informada de lo que consiga.

Dennison asintió. Ella aplastó el cigarrillo contra un plato y se puso en pie. Era una mujer indefensa, de la que unos desalmados sin escrúpulos se querían aprovechar, pensó el joven.

Lo evitaría, se propuso a sí mismo.

—Buenas noches, Philo.

Dennison se inclinó.

—Buenas noches, señora.

CAPÍTULO V

Por la mañana del siguiente día, Dennison aprovechó un momento de intervalo en su trabajo y subió al ático de la residencia.

El tejado era muy inclinado, con ventanas salientes, tipo buhardilla. Cautelosamente, se acercó a una de ellas y oteó el panorama.

La casa estaba rodeada por un extenso jardín. Una tapia lo protegía de miradas indiscretas situadas casi al nivel del suelo, pero no desde un punto elevado. «Por ejemplo, aquella casa abandonada del otro lado de la avenida», pensó.

Aguardó unos minutos. De pronto, observó movimiento en una de las ventanas del otro edificio.

Estaba situado en una loma, más alto que la casa de Daphne. El espía podía situarse perfectamente en cualquiera de sus ventanas.

Dennison supo que la casa estaba deshabitada, por lo descuidado del jardín y las dos brechas que se divisaban en la tapia, parte de la cual se había derrumbado por sí sola.

El hombre se retiró, pero volvió a los pocos momentos. Dennison se dio cuenta de que había sido apostado allí permanentemente.

Quizá tendría un relevo, pero ello importaba poco.

Satisfecho de su descubrimiento, se retiró del lugar de observación y volvió a la planta baja. Las mujeres que componían la servidumbre parecían haberse recuperado bastante de lo que habían padecido la víspera.

Después de almorzar, Dennison fue a su alojamiento y se cambió de ropa. Salió por la puerta de servicio, pero en lugar de utilizar la entrada de la tapia, se fue al lado opuesto. Buscó una escalera en el cobertizo de jardinería, la apoyó en el muro y saltó al otro lado. Después de dar un gran rodeo, llegó a la otra casa, también por la

parte posterior, aprovechando una de las brechas. Luego, paso a paso, se acercó al edificio.

Entró cautelosamente. Las tablas crujían por algunos lugares.

Subió al primer piso, procurando localizar el cuarto donde estaba apostado el espía. Todas las puertas estaban cerradas, menos una que se veía entreabierta.

Empujó muy despacio. El hombre estaba allí, sentado en una silla y con unos prismáticos en el regazo. Al lado había una mesita con bocadoillos y botellas de cerveza, además de tabaco y un cenicero.

Dennison se acercó al sujeto con gran lentitud y oyó los ruidos que hacía al masticar. De pronto, le vio limpiarse los labios con el dorso de la mano. Cogió una botella y se la acercó.

—Tómame un trago —dijo.

—Gracias —contestó el sujeto maquinalmente.

De pronto se puso rígido, con los dedos envolviendo la botella de cerveza. Dennison sonrió y le golpeó en ambos lados del cuello con los filos de las dos manos.

El hombre chilló, saltó, lanzó la botella a lo alto y cayó al suelo, revolcándose como un poseso. Dennison se inclinó y le quitó una pistola.

Con la mano izquierda, barrió todo lo que había en la mesita y se acomodó en el borde.

A los pocos momentos, el espía consiguió sentarse en el suelo.

—¿Qué... qué diablos hace aquí? —preguntó.

—Eso es lo que yo querría saber de usted. ¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi casa?

—No es suya...

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

El espía se mordió los labios.

—No hacía nada malo —dijo.

De repente, Dennison le apuntó con el arma.

—Estás espionando a la señora Gramstock. ¿Quién te lo ha ordenado?

—¿Y cómo diablos sabe usted...?

—¡No hagas preguntas! ¡Contesta! —Dennison echó hacia atrás el percutor del revólver—. Tienes exactamente tres segundos para decidirte. A menos que quieras seguir el mismo camino que Nicky

Dotts. ¡Uno!

La amenaza surtió efecto. El tipo alzó las manos velozmente.

—¡No, quieto, no hagas nada! —aulló—. A fin de cuentas... yo no tengo nada que ver con este asunto. Me pagan por espiar, eso es todo.

—¿Quién?

—Kate Gordon.

Dennison alzó las cejas.

—Lo sospechaba, pero me alegro de que lo hayas confirmado. ¿Cómo te llamas? —Lane, Dingo Lane.

—Muy bien, Lane. ¿Fuiste tú el que telefoneó ayer tarde a la señora Gramstock?

—No, seguramente lo haría el otro.

—¿El otro? ¿Quién?

—Bat Bassoe. Nos relevamos.

—¿Tenéis instrucciones de telefonearla, amenazándola?

—En todo caso, Bassoe. A mí me han dicho que no haga otra cosa que vigilarla y anotar lo que pueda haber de extraño.

Dennison meditó unos segundos. Luego miró oblicuamente al hampón.

—Si yo te soltara ahora, correrías a avisar a Kate Gordon, y eso no me interesa en absoluto —dijo al cabo—. Creo que te voy a atar. Sí, es lo mejor.

Lane se resignó, aunque no dejó de protestar por el hecho de que el joven hiciera tiras su traje, para poder atarle con más seguridad. Dennison cortó sus protestas metiéndole un trapo en la boca. Pero se lo quitó un instante, para hacerle una pregunta:

—¿Sabes si Irving Gramstock está vivo todavía?

—¿Quién? ¿«El Grajo»?

—Ah, le llamaban así —rió Dennison—. Bien, ¿qué me contestas?

—Para mí, está muerto. Y lo único que siento es no poder convidar al tipo que lo «apioló».

Dennison volvió a meterle el trapo en la boca.

—Quizá estás trabajando para él —se despidió.

En la planta baja encontró un teléfono. No se limitó a cortar los hilos; era fácil hacer un empalme, pensó.

Se llevó el auricular y, al salir, lo arrojó en el centro de un

espeso amasijo de arbustos silvestres. Luego salió, disponiéndose a ir al encuentro de Kate Gordon, alias «La Pantera».

* * *

Era morena, alta, de formas opulentas y mirada fría. Muy guapa, pero con una expresión de dureza como pocas veces había visto Dennison en una mujer.

Kate Gordon estaba sentada detrás de una mesa de despacho, desde la que dirigía el salón de billares de la planta baja del hotel contiguo. En el hotel había permanentemente una docena de chicas, dispuestas a atender a los clientes. Era, en realidad, un burdel, aunque con ciertas pretensiones de elegancia y distinción. En el lugar pululaban tipos de rostro ceñudo y mirada aviesa. Kate, pensó Dennison, debía dirigir su negocio con puño de hierro. Y, probablemente, de cuando en cuando, como una reina caprichosa, llamaría a su lecho a alguno de sus subordinados.

—No tengo trabajo para ti —contestó ella desabridamente, después de oír la petición del visitante—. Ni tengo trabajo ni te conozco.

—Lástima —sonrió Dennison—. Pensé que la chica de Irving podría ayudar a un viejo amigo suyo. De él, claro.

Kate le miró con desconfianza.

—¿Eras amigo de Irving?

—Sí. Estudiamos juntos en la Universidad, aunque él me pasaba un par de cursos. ¿No puedes decirme dónde lo encontraré?

—Ve al cementerio, muchacho.

Dennison saltó en su asiento.

—¡Está muerto! —exclamó.

Kate se puso en pie.

—Está muerto y tú eres un maldito entrometido, que se está ocupando de cosas que no le importan. ¿Para quién trabajas?

—¡Señora!

Dennison se levantó también, fingiendo asombro.

—Vamos, vamos, no me tomes por estúpida. ¿O quieres que llame a los muchachos? Te harían hablar en menos que canta un gallo.

—No se dice así, señora.

—¿Cómo?

—Se dice: «Te harían cantar en menos que habla un gallo».

Kate abrió la boca. Luego emitió una obscena imprecación.

—¿Quieres burlarte de mí?

Le miró un instante y luego, de pronto, se volvió, como si se dispusiera a reflexionar, simulando acariciarse el mentón con una mano.

—Creo que eres muy listo, pero no tanto como piensas... —dijo lentamente.

De pronto, empezó a inclinarse, vuelta de espaldas al joven, y bajó las manos, como si fuese a ajustarse una liga. En el mismo instante, el pie de Dennison se apoyó en su trasero y luego hizo presión con tremenda potencia.

Kate gritó y saltó catapultada hacia adelante, chocando contra un mullido diván. Antes de que pudiera recuperarse, Dennison le cayó encima y aplastándole la cara contra los mullidos cojines para inmovilizarla, buscó con la mano derecha.

Levantó la falda. Si, el arnés con la pistola estaba allí, sujeto al muslo derecho. Sacó el arma y la tiró a un rincón. Luego se separó de la mujer.

Kate se incorporó, con los ojos en llamas, vomitando imprecaciones de una obscenidad increíble, como Dennison no había oído jamás. El se asombró un instante, pero reaccionó enseguida y movió la mano. El revés golpeó violentamente la cara da Kate, quien, tras una espectacular vuelta sobre sí misma, cayó de nuevo en el diván.

Ella tenía ahora los ojos llenos de lágrimas, y las faldas casi en la cintura. Dennison se inclinó.

—Te he quitado las garras, «Pantera» —dijo—. Pero aún puedes hablar...

—No tengo nada que decir —repuso ella hoscamente.

—Ah, no...

Dennison sacó una navajita del bolsillo. Luego, con la mano izquierda, la agarró por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. La punta de la navaja se apoyó en su mejilla.

—Eres muy hermosa, pero ni el mejor cirujano plástico podría arreglarte la cara, después de que yo haya hecho mi trabajito. ¿Lo has entendido?

La cara de Kate se puso completamente blanca.

—Por favor... —dijo, desmoralizada.

—¿Está vivo Irving?

—La Policía confirmó su muerte.

—Pero ahora hay quien anda diciendo por ahí que está vivo.

—Sí, eso es cierto, aunque yo no lo he visto.

—Has hecho que vigilen la casa de Daphne Gramstock. ¿Por qué?

Kate vaciló. Dennison apoyó la navaja en su mejilla.

—Vamos, suéltalo —ordenó.

—Me lo aconsejó él.

—¿El? ¿Quién?

—No se lo creará, pero no sé quién es. Ni siquiera le he visto; sólo hablamos por teléfono y cuando él me llama. Acordamos todo por teléfono.

—¿Acordar, qué?

—Eso, vigilar a la señora Gramstock... Pero él no mencionó nunca a Irving.

—Entonces, ¿de dónde diablos ha salido la idea de que está vivo?

—No lo sé. Son rumores, pero nadie puede asegurar nada...

—A ella tratan de sacarle dinero, diciéndole que Irving está vivo. El hombre que le telefonea, amenaza con matarlo efectivamente, si la señora Gramstock no paga una elevada cantidad de dinero. ¿Qué sabes al respecto?

Kate se mordió los labios.

—Son instrucciones que me dio el tipo —repuso—. Pero no sé más, te lo aseguro.

—Sin embargo, has colaborado de buena gana. Estabas desechada porque Irving prefirió casarse con Daphne.

Kate se mordió los labios, pero no dijo nada. Era evidente que el desconocido había conseguido sin dificultad su colaboración, aprovechándose de los sentimientos de frustración de la mujer, desdeñada por otra tan hermosa como ella, con mucho dinero y, por si fuese poco, de la alta sociedad.

—Lo siento por ti —dijo Dennison, al ver que ella continuaba callada—. Cuando las cosas han sucedido ya, no resulta conveniente tratar de modificarlas. Daphne no tuvo la culpa de que Irving la

preferiese a ti.

Separándose de la mujer, dio unos cuantos pasos hacia atrás.

—Pero voy a decirte una cosa: lo pasarás muy mal, si sigues por este camino. El hombre que te ha metido esas locas ideas en la cabeza está utilizándote para sus propios fines. No sé quién es, y casi podría decir, no me importa, pero a ti podría sucederte algo nada bueno. Aparte de que, aunque consiguieras lo que pretende, no lo disfrutarías después.

—No irá a decir que ordenaría que me matasen —exclamó ella, picada.

—Seguramente no, pero si te has hecho ciertas ilusiones, deséchalas. Eres sólo una herramienta, que después de usarla, se cuelga en el cobertizo o se tira a la basura...

Piensa en ello, «Pantera».

Dennison se fue hacia la puerta. Desde allí miró a la joven, que parecía muy pensativa. —Es una lástima que una chica tan hermosa como tú se haya metido en estos jaleos— sonrió.

Salió y Kate aún no había dicho nada. Momentos después, entraba en el coche de Daphne, que había utilizado con permiso de la joven.

Dio el contacto. En el mismo instante, sintió algo frío en su nuca.

—Arranca y sigue por donde te indique. Tú y yo tenemos mucho que hablar —dijo el desconocido.

* * *

El coche se detuvo ante una casa situada en un lugar solitario. Siempre bajo la amenaza del arma, Dennison se apeó y caminó hacia la casa, con las manos en alto. Al llegar ante la puerta, se detuvo y trató de mirar por encima del hombro.

—No te vuelvas —rugió el sujeto.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó Dennison.

—Alguien quiere interrogarte.

—¿Kate?

Dennison oyó una risita.

—Hay un timbre, con una contraseña especial —respondió el pistolero—. Kate hizo la que corresponde a esto.

—Chica lista —alabó Dennison—. Entonces, vendrá aquí.

—Sí. Abre, no está cerrada con llave.

El joven obedeció. Empujó la puerta, dio un paso, y luego, de repente, saltó a un lado, a la vez que, con la mano izquierda, cerraba de golpe.

El pistolero, sorprendido, no tuvo tiempo de evitar el impacto de la puerta y gritó de dolor. Pero no había soltado el arma.

Dennison volvió a abrir y agarró la muñeca que sostenía la pistola. Los dos hombres forcejearon un momento.

Repentinamente, sonó un sordo estampido.

Los ojos del pistolero se abrieron desmesuradamente. Su rostro se transformó en una máscara de horror y de espanto. Bruscamente, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

Su chaqueta humeaba, debido al fogonazo del arma al dispararse. Dennison apagó el fuego con el pie. Las piernas del sujeto se sacudieron con violencia unas cuantas veces. Luego, poco a poco, empezó a relajarse.

Dennison inspiró con fuerza. No estaba seguro de que no le hubiesen llevado allí, para quitarlo de en medio, una vez interrogado a fondo. El muerto le resultó desconocido. En un primer instante, había pensado que podía tratarse del mismo que había asesinado a Dotts, pero no lo era.

El arma yacía junto a la mano de su ahora difunto dueño. Dennison se dijo que no le convenía tocarla; no había huellas suyas.

Se asomó a la puerta. No se veía gente en los alrededores. Nadie había oído la detonación, por otra parte, muy amortiguada, dada la proximidad de la boca del arma al cuerpo del pistolero.

Limpio el pomo de la puerta y salió fuera de la casa. Aún tenía que hacer algo, antes de regresar. Cuando se disponía a subir a su coche, vio otro a gran distancia, que rodaba velozmente en dirección a la casa.

En realidad, lo que veía era la nube de polvo que dejaba el vehículo. Pero no tardaría ni dos minutos en llegar allí.

Arrancó velozmente. Quinientos metros más adelante, divisó un sendero y se metió por él. Había gran cantidad de vegetación y procuró situarse en un lugar donde no pudiera ser visto.

Sesenta segundos más tarde, pasó el otro automóvil, con Kate al volante, acompañada de otro individuo.

—No has seguido mi consejo —masculló.

Retrocedió lentamente, salió al camino y arrancó a toda velocidad.

CAPÍTULO VI

—La señora es objeto de una conspiración —dijo Dennison, al servirle el café en el saloncito íntimo.

Daphne le miró con ojos inquisitivos.

—¿Qué es lo que ha averiguado, Philo?

—La señora posee una gran fortuna. Eso atrae la atención de cierta clase de gentes, carentes en absoluto de escrúpulos.

—¿Lo cree así?

—Tengo mis sospechas, señora.

—¿Y si resultase cierto que Irving está aún vivo?

—Habría que preguntarse por qué ha permanecido oculto durante dieciocho meses.

—Le han obligado a ello...

—Por lo poco que sé, Irving... perdón, el señor Gramstock era lo suficientemente enérgico como para no acatar cierta clase de órdenes.

—Es cierto, aunque supongamos que hay algo que le obliga a permanecer oculto...

—En tal caso, no tendría sentido guardar silencio durante tanto tiempo, porque, sin duda, habría pedido ayuda a la señora. Un esposo debe confiar siempre en su mujer, me parece.

Daphne asintió.

—Eso es cierto —admitió.

—Y más, cuando la esposa está enamorada de su marido, como supongo le sucede a la señora.

—Ahora ya no lo sé —suspiró la joven—. Cuando me casé, sí, le quería con locura, pero... ha pasado año y medio y él está muerto... o le dieron por muerto...

—Pienso que el señor Gramstock fue efectivamente asesinado.

—De todos modos, no comprendo bien lo que me está pasando, Philo. Si quieren dinero, ¿por qué no lo dicen claramente de una vez? ¿Por qué no me presentan pruebas de que tienen secuestrado a mi esposo?

—Temo no poder contestar a la señora. No obstante, puedo asegurar que haré todo lo posible para evitar que la señora sufra perjuicios innecesarios.

Daphne giró un poco en la silla y se apoyó con un brazo en el respaldo, para dirigirle una mirada inquisitiva.

—Philo, ¿por qué hace todo esto? —preguntó—. Se sale de sus obligaciones como mayordomo...

Dennison se inclinó.

—Estoy al servicio de la señora y mi deber consiste en hacer todo lo posible para que tenga una existencia tranquila y sin problemas —contestó gravemente—. ¿Desea la señora algo más de mí?

—No, gracias, Philo.

—Con permiso de la señora... Buenas noches, señora.

Dennison se llevó el servicio de café. Era ya tarde y se encaminó a su dormitorio.

Sue estaba allí, aguardándole, con la sonrisa en los labios. El ama de llaves vestía una aparatosa bata de encajes y tenía el pelo suelto.

—Philo, ¿trata de conquistar a la señora?

Dennison guardó silencio un momento.

Luego dijo:

—Señora Talbot, ¿cuál es su tarifa? ¿Me fía usted hasta el día de cobro?

Las angulosas mejillas de la mujer se pusieron rojas.

—¿Me ha tomado por una puta? —preguntó.

—Su actitud así lo hace sospechar. Pero ya le digo que no tengo dinero...

Ella le abofeteó.

—¡Vete a la mierda! —dijo en voz muy baja.

Luego, taconeando con paso firme, abandonó el dormitorio, con la barbilla levantada. Dennison soltó una risita. Luego fue al armario y contempló unos instantes el maletín que había traído aquella tarde. Nadie había hurgado en él, apreció poco después, con

innegable alivio.

De pronto, oyó un suspiro a sus espaldas.

—Señor Dennison...

El joven se volvió en el acto. Betty, la doncella, estaba en el umbral, ataviada con una bata de tejido fino, debajo de la cual, era evidente, no llevaba más prendas.

—Me siento insomne... ¿No tendrá por ahí una pastilla de sedante?

Betty levantó el brazo y lo puso en la pared, inclinando luego la cabeza hacia el hombro, en actitud de lánguido abandono. Dennison contuvo una sonrisa y se acercó a ella.

—Tengo que confesarle una cosa, Betty.

—¿Sí, señor Dennison?

—Lo siento. Es algo superior a mí... pero padezco una alergia terrible... No puedo acercarme a una mujer, ¿comprende?

Betty abrió la boca desmesuradamente.

—¿Es... es de... de la otra clase de hombres?

Dennison fingió tristeza infinita.

—No se puede luchar contra la naturaleza. Es algo superior a mí. Compadézcame, Betty.

—Sí, sí, señor...

Betty huyó como si la persiguiera el diablo. Dennison lanzó una carcajada y cerró la puerta con llave.

—Pues yo no lo creo —dijo Martha a la mañana siguiente, mientras le servía el desayuno.

—¿Qué es lo que usted no cree? —preguntó él.

—Eso, que sea usted... así, vamos, ya me entiende. No, no lo creo, señor Dennison.

—Las noticias corren mucho en esta casa —comentó el joven con aire intrascendente—. Lo que pasa es que estas chicas de hoy día carecen de moral. Son unas frescas, no tienen decencia... La juventud actual es una generación perdida, créame, señor Dennison.

—Estoy de acuerdo con usted, Martha. Y gracias por la buena opinión que tiene de mí.

La cocinera le miró con ojos húmedos.

—Usted sí que hubiera sido un buen esposo para la señora y no el rufián con el que se casó. Buscaba sólo su dinero, ¿sabe?

Dennison levantó la vista.

—¿Conoció al difunto señor Gramstock, Martha?

—Un poco. Pero ya soy madura y tengo buen ojo. Además, el señor Gramstock tenía unas amistades muy poco recomendables. Yo le vi una vez, en una función teatral, a la que asistí en mi día libre. Estaba en uno de los palcos, con una pájara de pinta inconfundible y dos tipos detrás, que si no eran guardaespaldas, no sé qué otra cosa podían ser... Incidentalmente, le diré que la función era una guarrada y me salí a poco de empezar.

Dennison contuvo una sonrisa.

—La mujer que le acompañaba, ¿era morena, muy exuberante, espectacular, en suma?

—Sí, como la Jane Russell en sus buenos tiempos. Pero con una mirada de hielo...

—Y eso sucedió después de que se comprometiera con la señora.

—Todavía no se había comprometido, pero lo hizo al poco tiempo. Y después volví a verle con uno de los matones, un tipo que tiene la cara casi partida, desde la frente al mentón... Pero ¿quién le decía nada a la señora, si parecía tan enamorada?

—Tiene usted razón —asintió Dennison. La morena, no cabía duda, era Kate Gordon, «La Pantera». Y Gramstock había sabido conquistar a Daphne, para aprovecharse de su inmensa fortuna.

Pero no había tenido tiempo de realizar sus planes. Le habían asesinado el mismo día de la boda. ¿Por qué?

Sue entró en aquel momento y Dennison se aplicó en consumir el desayuno. El timbre sonó en aquel momento. Dennison consultó el cuadro.

—Martha, la señora pide el desayuno —dijo—. Que se lo sirva Peggy.

—Bien, señor Dennison.

Sue le dirigió una mirada penetrante. El ignoró olímpicamente al ama de llaves. Abandonó la cocina y se puso a trabajar.

Cerca del mediodía, fue a su cuarto, cogió el maletín y subió al ático, cuya puerta cerró cuidadosamente. Abrió el maletín y empezó a armar el fusil que había comprado la víspera.

El fusil tenía silenciador y mira telescópica. Dennison puso un cargador, tiró del cerrojo, envió una bala a la recámara y se acercó a la ventana.

Miró a través del visor, que agrandaba cuatro veces las

imágenes. La otra casa, situada a menos de doscientos metros, quedó como si estuviese a unos cuarenta y tantos. Sí, el espía estaba allí. Ahora, precisamente, tenía unos prismáticos en la mano.

La mesa estaba repleta de botellas de cerveza y bocadillos. Dennison envió su primer proyectil, que hizo saltar por los aires un par de botellas.

El espía, terriblemente sobresaltado, dejó caer los prismáticos. Dennison disparó de nuevo y la bala silbó en sus oídos.

Con dos disparos más, devastó la mesa. El sujeto, aterrado, se tendió en el suelo.

Dennison envió otra larga salva a la habitación, haciendo saltar por los aires lascas de yeso y astillas de madera. El espía, lleno de pánico, se arrastró hacia la puerta y consiguió abandonar la habitación.

Dennison adivinó lo que iba a suceder. Recargó el rifle y buscó la habitación situada en la planta baja. Como había supuesto, el teléfono estaba reparado.

El espía entró en la habitación. Dennison le dejó que levantara el auricular. Entonces destrozó de un tiro la caja soporte. El espía soltó el teléfono, como si repentinamente se le hubiese convertido en una serpiente venenosa, y echó a correr.

Momentos después, escapaba a toda velocidad en un automóvil. Dennison lanzó una silenciosa carcajada.

Quizá volverían a espiar la casa. Pero ahora, al menos, sabían que Daphne ya no era la mujer solitaria, débil e indefensa que había sido hasta aquellos momentos.

Desmontó el fusil y escondió cuidadosamente el maletín. Luego, con aire mesurado, bajó a la planta y se dispuso a servir el almuerzo a la dueña de la casa.

Al terminar, Daphne le entregó un sobre.

—Philo, me gustaría que llevase esta carta a la señora Calder —dijo.

—La señora me manda —contestó él, inclinándose respetuosamente.

—Hay un cheque. Tenía una deuda con los Calder.

—Muy bien, señora.

—Mike Calder quería comprometerme en un negocio, pero yo no me sentía inclinada a acceder a sus deseos. La deuda no tiene

relación alguna con ese negocio, ¿comprende?

—La señora no tiene por qué darme explicaciones de sus acciones.

Daphne sonrió ligeramente.

—Confío en usted, Philo.

—Gracias, señora... —El timbre de la puerta sonó en aquel momento—. ¿Debo admitir que la señora está en casa? —consultó Dennison.

—Vaya a ver —indicó ella.

Era Thurmond. El sujeto entró, vano, pomposo, pagado de sí mismo.

—Anúncieme a Daphne, muchacho —dijo, con displicente desenvoltura.

—Sin duda, el señor querrá decir «la señora Gramstock» —corrigió Dennison.

Thurmond le miró impertinentemente.

—He dicho justo lo que quería decir —repuso.

—Philo, vaya adonde le he indicado —sonó la voz de Daphne en aquel momento—. Alviss, ¿tienes la bondad de pasar?

—Gracias, querida —el visitante rió con evidente desprecio—. Tendrías que atar corto a tu mayordomo; se toma iniciativas que no le corresponden —agregó críticamente—. Estoy muy satisfecha de Philo y no tengo por qué corregir sus actos —contestó ella con sequedad—. Muy bien, a tu gusto...

Dennison ya no pudo oír más, porque la puerta del salón se había cerrado. Fue a su habitación y empezó a cambiarse de ropa.

Se preguntó si sería cierto lo de la deuda que Daphne tenía con los Calder. Sintió unos vivísimos deseos de conocer el contenido de la carta, pero logró contenerse.

Luego salió, disponiéndose a enfrentarse con una afligida viuda. —¿Afligida?— dudó.

* * *

Eva Calder le abrió en persona, ataviada con un vestido de color gris claro, y tan ajustado que parecía que se lo habían cosido encima de su cuerpo opulento. Los ojos de la mujer brillaron de un modo peculiar al reconocerle.

—Es usted —dijo.

—Señora...

—Pase, Philo —invitó Eva—. Mi doncella tiene el día libre y estoy sola en casa. ¿Quiere tomar algo?

—Perdone la señora, pero le traigo una carta de mi señora...

Eva sonrió de un modo especial.

—De todos modos, no le importará perder unos minutos, tomando una copa, ¿verdad?

—Si la señora insiste...

—Insisto —dijo Eva.

Y se acercó a una consola, donde había servicio de licores. Dennison le alargó la carta.

—Todavía no ha leído...

—Déjela ahí.

El joven obedeció. Eva le tendió un vaso alto.

—¿Cómo está Daphne? —preguntó.

—Bien, señora.

—¿Se le ha pasado ya el disgusto de la otra noche?

—Tengo la impresión de que es usted quien más disgustada debería sentirse.

Eva sonrió de forma extraña.

—Mike era un buen hombre, pero nada comprensivo. La vida tiene que seguir, Philo. Tomó un sorbo, dejó el vaso a un lado y abrió el sobre. Tras examinar rápidamente el contenido, lo volvió a dejar sobre la consola. —Philo, discúlpeme un momento, por favor.

Dennison se inclinó. Eva abandonó el salón.

El joven dudó un segundo. Miraba alternativamente el sobre y la puerta tras la que había desaparecido la mujer y que había quedado entreabierta. Al fin, decidió que lo mejor era aplicarse al *whisky*. Quizá ella le había tendido una celada y...

De pronto, sonó la voz de Eva:

—¡Philo, venga!

Dennison avanzó hacia la puerta y tocó en ella con los nudillos.

—Entre, hombre —invitó ella.

Dennison empujó la puerta.

CAPÍTULO VII

Eva estaba tendida lánguidamente sobre un colosal lecho, el cual se hallaba situado en un gran estrado, que cubría casi tres cuartos del suelo del dormitorio. Detrás de la cabecera de la cama, había un dosel muy grande, de una forma jamás vista antes por el joven. Ella se había quitado rápidamente todas sus ropas y ahora se cubría apenas con un pico de una sábana.

Eva sonrió, a la vez que palmeaba la cama.

—Venga y seguiremos hablando —invitó.

—Señora...

—¿Tiene miedo, Philo?

Dennison avanzó, subió al estrado y se acercó al lecho. Eva descubrió su seno derecho.

—¿No me encuentras atractiva?

Tenían razón, pensó él. Eva se acostaba sin demasiadas preocupaciones con el primero que se echaba a la cara.

Ella tiró de su mano y le hizo sentarse en el borde.

—Muchos dicen que estoy terriblemente apetitosa —sonrió—. Me gustaría conocer tu opinión, Philo.

—Sólo soy un simple mayordomo, señora.

—Pero también eres de carne y hueso, me parece. ¿O toda esa fachada encubre otros... «sentimientos»?

—¡Señora, usted me ofende! —Entonces, demuéstremelo.

—Pero... ¿y si viene alguien?

Eva rió desdeñosamente. De pronto, alargó el brazo y tocó un resorte situado en la pared.

Entonces, el enorme dosel empezó a desplegarse, de la misma forma que lo habría hecho la capota de un auto descubierto. Dennison se quedó estupefacto.

Finalmente, el dosel cubrió la cama por completo, envolviéndola en una cúpula de seda amarilla. Eva sonreía; satisfecha del efecto causado en su visitante.

De pronto, tiró la sábana a un lado.

—¡Vamos! —dijo, como si fuese una orden y no un ruego.

Dennison vaciló un instante. Realmente, el atractivo sensual de Eva era muy poderoso, pero algo le hizo rechazar aquel impúdico ofrecimiento.

Adivinó las intenciones de la mujer. Después, cuando él se hubiese marchado, llamaría a Daphne y se burlaría de ella, con atroces comentarios.

Daphne se sentiría herida y no quería que eso sucediese. Lentamente, se incorporó, alargó la mano y presionó el resorte. La capota se replegó de nuevo.

—Gracias por la invitación, señora —dijo cortésmente—. Realmente, es usted muy hermosa.

Ella le contempló con rabia.

—Idiota, tonto... —le apostrofó.

Sin mirarla siquiera, salió del dormitorio y llegó al saloncito. La carta seguía en el mismo sitio. Un rápido vistazo fue suficiente para ver un cheque de veinte mil dólares.

Eva salió, anudándose el cordón de la bata, sin tiempo para contemplar su maniobra. —Dígale a su ama que le agradezco mucho su carta— habló con helado acento.

Dennison se inclinó.

—Así lo haré, señora —se despidió.

* * *

Tenía tiempo de sobra. Mabel Trutloe le recibió con evidentes muestras de placer. Antes de que él pudiera pronunciar una sola palabra, ya le había arrastrado al dormitorio.

Dennison sonrió. Mabel era una mujer franca, sin complejos, que hacía las cosas porque le gustaban y sin ocultarlo. Más tarde, juntos en el lecho, fumaron sendos cigarrillos.

—No te andas por las ramas —comentó él—. A veces pienso quién ha tenido la iniciativa en este caso.

—No me lo tomes a mal, pero sé que esto no durará mucho. Un

día desaparecerás de mi vida y te convertirás en un agradable recuerdo. Trato, simplemente, de aprovechar la situación.

—Eres sincera, Mabel.

—¿Acaso pensabas que iba a rogarte una relación para toda la vida? Si tuviera la más mínima posibilidad, lo haría, pero sé que no es así. Entraste fácilmente en mi existencia, y saldrás de la misma forma. Y no te lo reprocharé jamás —en la voz de la mujer había cierta nota de melancolía—. De nada sirve obstinarse contra el destino, cuando se ve claramente que va a resultar adverso, Philo —añadió, filosóficamente.

—Eres muy peculiar —dijo él—. Pero ¿por qué lo has hecho conmigo?

—El instinto femenino, a veces, no falla —rió Mabel—. Mira, no eres el único, lo confieso sinceramente. Muchos vienen a mi oficina, como viniste tú en cierta ocasión. A veces, pero muy raras, cedo a la llamada de la biología. Contigo fue... bueno, no sé, sabía que podía ser. ¿Me entiendes?

—Sí, perfectamente.

Mabel se ladeó y apoyó la cabeza en el ancho pecho varonil.

—Será uno de mis mejores recuerdos —suspiró—. Pero no lamentaré que te vayas. Llorar por lo inevitable es estúpido, aunque siempre serás bienvenido.

—Gracias, hermosa.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Mabel alzó el rostro y le besó suavemente en los labios.

—Eres el hombre más maravilloso que he conocido —sonrió, con los miopes ojos llenos de humedad—. Para mí, serás el mejor recuerdo de mi vida, créeme. Hizo una pausa y añadió:

—¿Te va bien en tu nuevo empleo?

—No puedo quejarme, Mabel.

—¿Cuándo lo dejas?

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

Vamos, vamos, no disimules conmigo. Tú no eres lo que aparentas, de pronto, Mabel estiró una mano, agarró las gafas, se las puso y saltó de la cama.

Desnuda, cruzó el dormitorio, salió y volvió a poco con una revista ilustrada, que sostuvo ante su huésped con ambas manos.

—¿Lo conoces? —sonrió.

Dennison estaba muy serio.

—Tiene tres años de antigüedad, por lo menos.

—El otro día hubo limpieza general en mi oficina. La revista estaba detrás de un archivador. Philo, te diré una cosa: no la he enseñado a nadie. He sido discreta, ¿comprendes?

—Gracias, Mabel.

Ella se sentó en el borde de la cama.

—¿Por qué? ¿Tienes alguna cuenta que saldar con... ella?

—No. Con su esposo.

—Fue asesinado.

—Eso es lo que quiero confirmar de un modo irrefutable.

—La Policía...

—Pudieron engañarse.

—¿Crees que ella tiene algún interés en el asunto?

—¿Cómo?

—Por ejemplo... haciendo creer que está vivo... No sé para qué, la verdad, pero estas cosas no se hacen sin ningún motivo. Puede estar desempeñando un papel, ¿no te parece?

—Francamente, no lo creo —respondió Dennison—. Al contrario, está muy perturbada por todo lo que está sucediendo.

—No vas a tener las cosas fáciles —vaticinó Mabel.

—Nunca pensé que lo fueran —admitió él—. Encanto, quiero hacerte una pregunta.

—Dispara, buen mozo.

—¿Conoces o has oído hablar de un tipo que tiene una cicatriz desde la frente a la mandíbula, como si le hubiesen intentado partir la cara?

—¡Carapartida! —exclamó ella instantáneamente.

—¿Lo conoces?

—Pongamos las cosas en su sitio: he oído hablar de él y una vez lo vi de lejos... Bueno, estaba en una sala de fiestas, con un amigo, y Carapartida estaba también allí. Creo que es el matón del local o algo por el estilo. Ah, su nombre es Russ Peiton, pero ¿por qué me lo preguntas?

—Era, o fue, guardaespaldas de Gramstock.

—No puedo darte más detalles. No suelo mezclarme con esa clase de gentuza —dijo ella despreciativamente.

—Pero sí puedes decirme el nombre del local.

—Oh, claro. Es el «Delfín Cantante».

—Tal vez un día vaya a ver a Carapartida...

De pronto, Dennison pasó una mano por la cintura de Mabel y la atrajo hacia sí.

—Vamos a olvidarnos de este asunto —propuso ardorosamente.

Con mucho gusto —accedió Mabel—. Pero deja que me quite las gafas... —No estorban— dijo él.

* * *

—¿Entregó la carta a la señora Calder?

—Sí señora —contestó Dennison, mientras llenaba el plato de la joven.

Estaban los dos solos en el comedor de la casa. Daphne probó la sopa.

—¿Qué le dijo la señora Calder, Philo?

—Me llevó a su dormitorio, señora.

Daphne respingó.

—¡Philo! ¿Cómo puede decir una cosa semejante?

—Es la pura verdad —sonrió el joven—. Me llevó a su dormitorio, pero resistí la tentación.

—Ella es muy hermosa. Su difunto esposo tenía razón; carece de moral y le engañaba con el primero que llamaba a la puerta. El lechero del barrio, el cartero, el fontanero... Todos tendrían mucho que contar de esa mujer depravada y sin moral. Pero usted resistió... ¿por qué?

—Tuve la intuición de que ella la llamaría luego a usted, para burlarse. No quise exponer a la señora al ridículo ni que se sintiera afrentada.

—Bueno, en todo caso el... pecador hubiera sido usted —dijo Daphne un tanto amostazada.

—Lo sé, señora. Pero, de esta forma, he evitado un pequeño triunfo de la señora Calder. A través de mi... debilidad, se habría burlado desconsideradamente de usted.

Daphne comprendió muy bien los razonamientos del joven. De pronto, se reclinó en el respaldo de su silla y le miró de hito en hito.

—Philo, dígame... Si se hubiera tratado de otra, ¿habría cedido a' la

tentación?

—Sin dudarlo un solo instante, señora.

Por primera vez en mucho tiempo, Dennison oyó la clara risa de la joven. Peggy, la doncella, asomó curiosa por la puerta del comedor.

—Al menos, tiene la virtud de la franqueza, Philo —dijo ella instantes más tarde.

—Debo ser sincero con la señora —contestó él—. ¿Más sopa?

—No, gracias. Una pregunta, Philo.

—¿Sí, señora?

—¿Qué dijo ella... bueno, Eva Calder, de mi carta?

—Me encargó que le diera las gracias a la señora.

—¿Nada más?

—No, señora.

Dennison tomó el plato medio vacío y se dispuso a retirarse. De pronto, a través de la ventana, percibió una chispa de luz en la casa abandonada.

Muy preocupado, regresó a la cocina y tomó el siguiente plato. Los espías no desistían de vigilar la residencia. Bien, se dijo, estaba preparado para la nueva lección.

—Ha cambiado usted a la señora, señor Dennison —dijo Martha después—. Hada tiempo que nadie la oía reír.

—Debió ser un chiste muy bueno, ¿verdad? —terció Peggy, maliciosamente.

—Sí, le conté el chiste de la doncella indiscreta y el mayordomo que la despidió, porque acostumbraba a meter su naricita donde no le importaba.

Peggy enrojeció.

—No pude evitar oírlo. Entonces, me asomé...

—No lo repita más, Peggy. Un verdadero sirviente debe mantener su seriedad en todo momento. Lo que yo dije a la señora la hizo reír, pero yo no me alteré en ningún instante.

—No volveré a hacerlo —prometió Peggy contritamente.

Betty entró en aquel momento, después de haber servido la cena al ama de llaves.

Dennison la miró.

—Betty, pregunte a la señora Talbot si puede recibirme un minuto —ordenó.

—Bien, señor Dennison.

La doncella se marchó y regresó muy pronto.

—Puede ir cuando guste —dijo.

Segundos más tarde, Dennison estaba frente a Sue. Ella le miró con aprensión. —No tema, no voy a hacerle reproches— dijo el joven—. Sólo deseo hacerle unas cuantas preguntas.

—Estoy a su disposición, señor Dennison —contestó Sue.

—Gracias. Usted, supongo, asistió a la boda de la señora.

—En efecto.

—Apenas terminada la ceremonia y cuando los novios se disponían a darse el tradicional beso en presencia de los invitados, alguien se acercó al señor Gramstock y le dijo algo. Inmediatamente, Gramstock y el otro hombre se marcharon.

—Así fue, desde luego.

—¿Recuerda usted algún detalle del hombre que vino a buscar al esposo de la señora?

Sue entornó los ojos.

—Era un sujeto muy... No sé cómo decirle, no encajaba bien en el ambiente de la fiesta.

Parecía un «gángster» de película... Tenía una espantosa cicatriz en la cara, ¿sabe?

Dennison contuvo una sonrisa.

—¿Cómo pudo entrar en el jardín? —se extrañó.

—Antes de marcharse, el señor y la señora hablaron muy brevemente. Yo oí más tarde a la señora que su esposo le había dicho que el tipo de la cicatriz era un actor secundario y que había venido sin quitarse el maquillaje especial para su papel de «malo». Pero luego las horas pasaron, el señor no regresó y...

—Gracias, señora Talbot. Eso es todo.

Dennison se marchó, sabiendo que «Carapartida» era una de las claves del enigma. Tendría que arreglárselas para conseguir una entrevista con el sujeto, aunque, si podía, no la celebraría en el «Delfín Cantante», sino en un lugar donde las ventajas estuvieran de su parte.

Pero antes debía resolver otro problema. El espionaje continuaba, a pesar de las «advertencias» hechas con el fusil, y aquella misma noche iba a hacer que los espías abandonasen su tarea definitivamente.

CAPÍTULO VIII

Habían dado las doce de la noche, y cargado con una bolsa de lona, salió de su dormitorio y emprendió la subida al ático. Había luna en menguante, lo que le permitió ver mediante el escaso resplandor que penetraba a través de las ventanas del tejado.

Arrodillado junto a una de ellas, hizo unas manipulaciones en el fusil, sin encender luz en ningún momento. Cuando lo tuvo todo dispuesto, puso un cargador y tiró del cerrojo.

En el mismo instante, oyó una respiración muy agitada a corta distancia. Velozmente, giró a un lado y apuntó al intruso con el arma.

—Levante las manos —ordenó.

—¡Philo! —Sonó la voz de Daphne.

—Señora... —exclamó él, atónito—. ¿Qué hace aquí?

—¿No cree que soy yo la que debe solicitar una explicación?

Dennison apretó los labios. Ella dio dos pasos más.

—Está armado —añadió.

—Sí, señora. ¿Sabe que la señora está constantemente vigilada?

—Philo, está usted soñando...

Dennison calló un momento. Luego, de pronto, arrodillado como estaba, apuntó con el fusil a través de la ventana. Estuvo así unos cuantos segundos y luego, tras sonreír satisfecho, hizo un gesto.

—Venga, arrodílese a mi lado.

Daphne obedeció.

—¿Sabe sostener un fusil? —preguntó él—. Bueno, yo la ayudaré.

Pasó los brazos en torno a su cuerpo y sostuvo el arma, sintiendo en su pecho la calidez de la espalda de la joven.

—¿He de mirar a través de este artefacto? —inquirió Daphne.

—La casa del otro lado. La ventana del primer piso.

Daphne, ayudada por el joven, hizo lo que le decían. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Es fantástico! Lo veo todo casi como si fuese de día...

—Visión por infrarrojos —aclaró él.

—Hay una mujer y dos hombres... Uno tiene un fusil y apunta hacia esta casa...

—Déjeme ahora —pidió él.

Tomó el rifle y buscó el objetivo. En la otra casa, había, efectivamente, un individuo que tomaba puntería con un fusil provisto de silenciador, como el suyo.

—Pero no tienen dispositivo de visión nocturna —sonrió, a la vez que apretaba el gatillo. A través del visor de infrarrojos, pudo captar el terrible sobresalto que sufría Kate Gordon. El hombre que estaba a su lado sacó una pistola.

Dennison le perforó una pierna. El tipo cayó al suelo, aullando como un energúmeno. Kate se precipitó sobre él y le tapó la boca con una mano. Dennison pudo ver que decía algo al del rifle, quien disparó unas cuantas veces hacia la residencia.

El joven tomó puntería con todo cuidado y perforó el hombro izquierdo del tirador, quien soltó el arma instantáneamente. «Si ahora no aprenden la lección...».

Kate y sus esbirros emprendieron la retirada, completamente derrotados. Dennison se levantó.

—Bueno, ya se han marchado —dijo—. Seguro que tiene su dormitorio acribillado a balazos —añadió.

Daphne se aterró.

—¿Lo cree así?

—Si la señora me lo permite, lo comprobaré en su compañía.

—Sí, vamos, por favor...

—Un momento. Voy a guardar el fusil...

Minutos más tarde, descendían al primer piso. Daphne entró en su dormitorio y encendió la luz.

En la pared opuesta a la ventana se veían las huellas de los balazos. Un jarrón yacía en el suelo, convertido en menudos fragmentos. En la consola se advertían los impactos, que habían destrozado la pulida superficie.

—Querían matarme —exclamó.

—No —contradijo Dennison—. Fíjese, todos los impactos quedan a cierta distancia de la cama, que no se puede ver apenas desde la otra casa. Quisieron darle un susto, simplemente.

—Pero ¿por qué? No entiendo nada...

—Tratan de estafarla. ¿No le han dicho más de una ocasión que su esposo puede morir de veras, si no paga cierta cantidad de dinero?

—Sí, es cierto.

—Entonces, ahí tiene la respuesta. Puesto que otros sistemas no han dado resultado, decidieron pasar a la acción. Pero han tenido que retirarse a lamerse las heridas y ello les hará meditar a fondo.

—Había una mujer...

—Sí, la amante de su esposo. No quise hierla, pero sí a sus secuaces. Cuando los hampones se den cuenta de que también corren riesgos, la abandonarán.

—¿Lo cree así?

—Al menos, lo he intentado, y repito, esto les hará pensar bastante. Una pierna y un hombro perforados a balazos dan mucho que pensar, créame.

Daphne le miró penetrantemente.

—Philo, dígame, ¿por qué hace todo esto?

El joven se inclinó.

—Mi obligación es velar por la seguridad de la señora —se despidió.

Cuando llegaba a su dormitorio, oyó una risita burlona.

—Pica usted muy alto, señor Dennison —dijo el ama de llaves, en la puerta de su alcoba.

Dennison no se inmutó.

—Señora Talbot, ¿tiene mucho interés en conservar su puesto?

Ella enrojeció violentamente.

—Usted no podría despedirme...

—Lleva más años que yo, pero le ruego que no obligue a la señora a hacer una elección, caso de que tenga que despedir a uno de los dos. Piense en ello... y ¡vuélvase a dormir inmediatamente!

Sue desapareció, como si la hubiesen pinchado. Dennison meneó la cabeza. Una mujer ya madura, frustrada... pero él no tenía la culpa, ¡demonios!

Era mejor no hacer caso, suspiró, mientras seguía hacia el salón.

Llegó al teléfono, lo levantó y marcó un número.

Una voz poco agradable sonó en sus oídos momentos más tarde:

—¿Quién es?

—Hola, Russ. ¿No me conoces?

—No sé quién es ni tengo ganas de perder el tiempo en adivinanzas —dijo «Carapartida» de mal talante—. Hable de una vez o váyase al infierno.

—Russ, Russ, ¿cómo has podido olvidarme? Hubo un tiempo en que te desvivías por hacer todo lo que te ordenaba...

Hubo un corto espacio de silencio. Luego, Peiton volvió a hablar:

—Jefe, no es posible... Dijeron que había muerto...

Dennison soltó una suave carcajada.

—Tuve que engañar a la gente, no me quedó otro remedio. Pero empiezo a cansarme de hacer el muerto. Escucha, ven a verme mañana, a las seis de la tarde. Apartamentos Mountainview, 6 E. ¿Entendido? —Sí, jefe... Allí me tendrá...

El teléfono volvió a su sitio. Dennison rió complacido. «Carapartida» acudiría a la cita. Y entonces...

Luego marcó el número de la Policía. Faltaba el último detalle.

—¿Policía? Vayan a ver a Kate Gordon... Dos amigos tuyos han tenido una refriega y están heridos de bala. Eso es todo, gracias.

Sonrió de nuevo mientras se metía en la cama. A Kate se la llevarían los demonios cuando unos policías entrometidos empezasen a interrogarla. Quizá encontrarían a un médico poco honesto curando a sus pistoleros. La incursión realizaba contra la casa de Daphne no le iba a resultar precisamente barata.

* * *

—Señora Talbot, tengo que salir imprescindiblemente —dijo Dennison, al día siguiente por la tarde—. Atienda a la señora por mí, ¿quiere?

—En los últimos tiempos, se está usted tomando demasiadas atribuciones —contestó Sue, mordaz—. Apuesto a que ni siquiera le ha pedido permiso para salir.

—Pregúnteselo a ella misma, ¿quiere?

Una vez en el coche, Dennison se quitó la chaqueta y la corbata y se puso una cazadora de tela ligera. Inmediatamente, partió hacia

el lugar de la cita.

Había alquilado el apartamento mencionado el día anterior, mediante la ayuda de Mabel. Llegó, abrió y se dispuso a esperar al matón.

A las seis en punto, llamaron a la puerta.

Dennison abrió. «Carapartida» estaba delante de él, mirándole con una expresión muy rara en sus desagradables facciones, que aparecían completamente sin color.

—Entre —invitó.

Súbitamente, Penton se venció hacia adelante. Dennison apenas sí tuvo tiempo de recibirle en sus brazos.

En aquella postura, pudo ver el orificio que el sujeto tenía en el centro de la espalda. Penton respiraba entrecortadamente. Resultaba evidente que estaba en sus últimos momentos.

Sosteniéndolo por debajo de los sobacos, lo llevó al diván, en donde lo acostó. Inmediatamente, corrió hacia la ventana.

Un hombre salía en aquel momento a la calle. Dennison procuró fijarse en su indumentaria, en su porte, en sus ademanes. Le pareció de mediana estatura y delgado. Al borde de la acera, sacó algo de su bolsillo y se lo echó a la boca con gesto displicente. Seguramente, era un caramelo y lo lanzó al aire, para cazarlo mediante un ligero alargamiento del cuello.

El coche en que se alejó era vulgar, de color gris azulado y de tipo «coupé». Dennison tomó también buena nota del detalle.

Luego regresó al diván. Penton agonizaba.

Se arrodilló a su lado.

—¿Sabes quién lo ha hecho? —preguntó.

El moribundo le miró con ojos extraviados.

—Ha... tenido que ser Pino Molina... —murmuró.

—¿Fue él quien mató a Dotts?

Penton asintió con movimiento apenas perceptible.

—Y a ti, ¿por qué?

Había una espumilla rosada en los labios de «Cara-partida».

—Siempre... fui fiel a Gramstock...

—No te lo perdonaron, ¿eh?

Penton volvió a contestar afirmativamente.

—¿Está vivo o murió? —continuó Dennison.

—Nunca... lo he sabido con seguridad...

—A Molina le gusta comer algo con frecuencia. ¿Qué es?

—Bolas... de menta...

La cabeza de Penton se dobló de pronto a un lado. Dennison se puso en pie.

Había alquilado el apartamento con nombre supuesto. El cuerpo de Penton tenía que quedarse allí, decidió.

Salió tranquilamente. Todavía tenía tiempo de buscar a Molina.

* * *

Tardó dos horas largas, porque tuvo que ir a «El Delfín Cantante», en donde se gastó unos cuantos dólares hasta que supo dónde vivía el tipo al que buscaba. Eran las nueve y media de la noche cuando llamaba a la puerta del apartamento del asesino.

Esperó unos momentos. Alguien le observó a través de la mirilla. Dentro de la casa, sonó una exclamación ahogada.

La puerta se abrió y Molina apareció en el umbral, empuñando un revólver con silenciador.

—Entre —dijo.

Dennison obedeció, con las manos en alto. Molina cerró, sin perderle de vista, y señaló un lugar.

—Allí, siéntese.

Dennison fue al diván y se sentó calmamente. Molina se plantó ante él, sin dejar de apuntarle con el arma y con los pies separados.

—¿A qué ha venido? —preguntó el hampón.

—A preguntarte por qué has asesinado a «Carapartida» —respondió el joven sin pestañear.

Molina respingó.

—¿Qué está diciendo...? Hace un montón de meses que no veo a «Carapartida». —Hasta esta tarde, es posible que eso que dices fuera cierto. Pero hoy le has visto y le has metido una bala en la espalda.

—A usted le han engañado...

—Lo he visto —dijo Dennison.

Hubo un instante de silencio. Molina se mordió los labios.

—Tendré que matarle a usted también —manifestó al cabo.

—Eso no te servirá de nada. Tarde o temprano te atraparán.

—Lo dudo mucho...

—Bueno, ya eres mayorcito. Tú sabrás lo que te haces. Pero no me creas tan tonto como «Carapartida». Tengo amigos que saben que he venido a verte. Si me encuentran muerto, sabrán quién lo ha hecho.

Molina pareció sentirse muy impresionado por aquellas palabras.

—Podríamos hacer un trato —dijo, indeciso.

—¿Qué clase de trato?

—Yo... le digo lo que sé, y usted me deja marchar libre. Dennison estuvo a punto de soltar la carcajada. Aquel matón le encañonaba con una pistola, tenía todos los triunfos en la mano... y ya se consideraba derrotado. La cosa no dejaba de tener su gracia, se dijo.

—Muy bien, trato hecho —accedió—. Dime, ¿está o no está muerto Gramstock?

—Eso sólo lo sabe ella —contestó Molina.

—¿Kate?

—Sí.

—Pero tú, ¿qué opinas? Molina hizo una mueca.

—Para mí, está más muerto que mi abuela —repuso desdeñosamente—. Y se lo merecía, créame. Nos traicionó a todos... ¿Sabe?, estaba a punto de ir a la cárcel, para un montón de años, y pactó secretamente con el fiscal. Un gran número de buenos chicos fueron a parar a la cárcel. Lo dijo todo, todo, ¿me entiende? Hasta nos «limpiaron» un par de kilos de «nieve»...

—Entonces, fue una ejecución.

No le quepa la menor duda —dijo el sujeto, muy excitado—. Nadie lo lamentó, créame.

—Muy bien. Está muerto, pero, ahora, ¿quién trata de «resucitarlo»?

—¿Quién va a ser? Kate Gordon, claro.

—¿Por qué?

—Nunca da explicaciones. Lo ordena y ya está.

—Y a ti te ordenó quitar de en medio a «Carapartida».

Molina hizo un gesto de aquiescencia.

—«Carapartida» nunca les perdonó lo sucedido —dijo—. Kate temía que un día quisiera tomarse el desquite. Ultimamente, habían discutido con enorme violencia. Hace dos días, él le dio una

verdadera paliza. —Y entonces, te ordenó eliminarlo.

—Sí. Hombre, figúrese... Un tipo que estaba de acuerdo con lo que hizo Gramstock... Se lo merecía, ¿no?

Dennison se dijo que el rufián le creía uno de los suyos. No le costaba nada asentir. —Sí, se lo merecía— respondió—. La última pregunta, Pino.

—¿Cuál es?

—¿Quién mató a Gramstock?

—Eso tendrá que preguntárselo a Kate. Es la única que lo sabe.

—Y alguien más —dijo Dennison.

—¿Cómo?

—El hombre que le ayudó a quemar el cuerpo de Gramstock.

Molina entornó los ojos.

—Tengo una vaga idea... Debe de andar por los cuarenta y cinco años, muy robusto... Me parece que lo he visto con ella un par de veces, pero no daban la sensación de ser íntimos. Tal vez lo disimulaban. El tipo aquel me pareció capaz de cualquier cosa. No he visto a nadie tan bruto como él.

—Naturalmente, ignoras su nombre.

—No lo sé. Bueno, ya he dicho bastante. Supongo que ahora me dejará marchar libre.

Dennison soltó una carcajada.

—¿Quién tiene un revólver en la mano?

Molina maldijo entre dientes. Luego guardó el arma.

—Lárguese, maldita sea —rezongó.

—Gracias, muchacho. No olvidaré este favor.

—Me parece que voy a emigrar de la ciudad...

—Sería una buena idea —convino Dennison, a la vez que agarraba el picaporte.

CAPÍTULO IX

La puerta del salón se abrió. Daphne miró al recién llegado.

—Ha tardado mucho —se quejó.

—Ruego a la señora se sirva disculparme. Los acontecimientos se agolparon...

—Entre aquí —ordenó ella.

Dennison cruzó la puerta. Daphne cerró y se fue hacia la consola, en donde agarró una botella.

—Empiece a hablar —pidió.

—No he conseguido mucho, excepto saber que el difunto esposo de la señora era un sujeto de moral más que dudosa, por expresarlo con palabras que no puedan herir los delicados oídos de la señora.

—Déjese de metáforas —dijo ella bruscamente—. Mi esposo era un canalla, ¿verdad?

—Todos los informes apuntan a...

—¿Qué hizo?

—Algo imperdonable en el mundo donde se había movido hasta entonces, el mundo del hampa: delató a la mayor parte de sus secuaces.

—Y le asesinaron en venganza.

—Sí, señora.

—¿Conoce el nombre?

—No tengo pruebas.

—Pero sí ha averiguado que está muerto.

—Ya no parecen quedar dudas sobre el particular, señora.

—Y, sin embargo, tenía negocios completamente honestos...

Dennison sonrió.

—¿Qué «gángster» hoy día no tiene negocios honrados, señora?

—Me engañé —dijo Daphne, muy estirada—. Supongo que una

tiene derecho a equivocarse.

—Creo que no soy la persona más indicada para censurar a la señora —contestó él. De pronto, Daphne cruzó el salón y le entregó la copa.

—Beba —ordenó.

—¡Señora!

—¿Tiene miedo? —se burló ella. De pronto, adelantó el bien formado pecho—. Philo, ¿cómo me encuentra?

Dennison tomó la copa y la dejó a un lado. Luego, súbitamente, abrazó a la joven y la besó, poniendo en el contacto el máximo de ardor. Mientras seguían entrelazados, notó ciertos estremecimientos en el cuerpo de la joven.

Ella, de pronto, todavía con los labios juntos, levantó una mano y la cerró sobre un mechón de cabellos en su nuca.

Las lenguas entablaron un volcánico combate. Dennison percibió claramente los inequívocos Síntomas de rendición de Daphne. Entonces, bruscamente, se separó de ella y despachó la copa de un trago.

Ruego a la señora que no vuelva a ponerme más en una situación semejante.

Los ojos de Daphne brillaban de un modo singular.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo? —repitió.

—Tengo miedo... de la señora. Buenas noches, señora.

Dennison giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Entonces, recordó algo y se volvió.

—¿Por qué pagó veinte mil dólares a Eva Calder? —preguntó.

—Tenía una deuda con ella, ya se lo dije. Es auténtico, no me hacía objeto de ningún chantaje. Su esposo hizo unos estudios sobre un proyecto que yo quería presentar a mis abogados, pero luego resultó que querían tomar parte en el negocio y me negué. Eso es todo, Philo.

—Muchas gracias, señora.

* * *

—Algunos tipos tienen la suerte por toneladas —dijo Betty cáusticamente.

—¿Sí? —preguntó Peggy—. ¿A quién te refieres?

—A uno que entró como mayordomo y acabará convirtiéndose en el dueño de todo.

—Vamos, no te burles de mí...

—Es cierto, tonta. Esta mañana, cuando entré en su dormitorio para prepararle el baño, ella estaba medio dormida y hablaba entre sueños. Dijo: «Hola, Philo, cariño...». Peggy puso unos ojos como platos.

—¿Hablas en serio, Betty?

—Te lo juro por mis antepasados. Ella despertó casi enseguida y se dio cuenta de que yo lo había oído, y se puso colorada como un tomate maduro.

—Bueno, pero eso no significa que el señor Dennison...

—Peggy, no seas tonta. A nadie le amarga un dulce, mejor dicho, un pastel adornado con una mujer muy guapa y montones de millones. Si tú fueses hombre, ¿lo rechazarías?

Peggy puso los ojos en blanco.

—El señor Dennison lo aceptaría aunque tuviese que trabajar para que no le faltase de nada —contestó.

—Si siguen así, señoritas, tendrán que dejar de ver al señor Dennison, porque las despediré —intervino el joven, que había entrado súbitamente en la cocina—. Les pagan por trabajar, no por hacer indecorosos comentarios sobre asuntos que no les importan. Las dos muchachas huyeron como perseguidas por una legión de demonios. Martha, que estaba sentada al fondo, pelando patatas, le miró críticamente.

—En cierto modo, tenían razón —dijo—. Por eso no las hice callar.

—Gracias, Martha, pero no le he pedido su opinión —contestó Dennison heladamente.

La cocinera sonreía.

—A mí no me la da —dijo—. Usted no es lo que parece, aunque debo admitir que es el hombre apropiado para la señora. Pero, a fin de cuentas, es un asunto de los dos.

Dennison se sirvió un poco de café.

Voy a salir —anunció—. Ya se lo he dicho al ama de llaves.

—Como quiera.

Martha seguía sonriendo burlonamente. Dennison tomó el café y abandonó la casa por la puerta de servicio. Conque Daphne soñaba

con él, se dijo.

Si la víspera hubiese hecho más presión, Daphne habría cedido sin dificultad. Pero no quería que las cosas ocurriesen de este modo.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en la casa abandonada.

Las huellas de sus disparos eran fácilmente visibles. Quizá Kate pensaba desistir del espionaje. En tal caso, volvería a darle una sorpresa. Una pequeña carga de magnesio, con un bote de humo... Se produciría un colosal fogonazo y luego una enorme humareda. Cuando se disponía a preparar la trampa, oyó ruido.

La puerta se abrió. El hombre que acababa de llegar se quedó estupefacto.

—¡Philo! —exclamó.

Dennison se inclinó.

—¿Cómo está, señor Thurmond?

—¿Qué diablos hace aquí? —rezongó el sujeto.

—Verá, señor...

—La casa es mía —declaró Thurmond—. He tenido noticias de que ha sido invadida por algunos vándalos, que se habían producido desperfectos y quería verlo con mis propios ojos.

—Parece que el señor tiene razón —dijo el joven, agarrándose a aquella especie de tabla de salvación que el otro le ofrecía inconscientemente—. He visto cosas raras los días pasados y la señora me permitió que viniese a investigar. Incluso diría que se han disparado armas de fuego... Thurmond meneó la cabeza.

—Ya no hay ley ni orden —gruñó—. Vivimos en un mundo donde impera el salvajismo. Es la ley de la jungla, ¿sabe, Philo?

—El señor tiene toda la razón del mundo —convino Dennison—. Bien, puesto que el señor ha llegado a tiempo, creo mi deber volver a mi trabajo. Encantado de haberle saludado, señor.

Dennison cargó con la bolsa de lona que había llevado consigo. Cuando se disponía a salir, Thurmond llamó su atención.

—Philo, ¿qué lleva ahí, en esa bolsa?

El joven se volvió y miró confiadamente a su interrogador.

—Herramientas, señor. Traje algunas, por si era necesario realizar alguna reparación menor, pero supongo que el señor llamará ahora a operarios especializados. —Sí, lo haré. Gracias, Philo.

—A usted, señor.

Dennison volvió a la casa. No había podido colocar la trampa, y estaba seguro, Thurmond encargaría ahora que se reforzasen las cerraduras del edificio. Pero ello significaba que Kate no podría seguir observando a Daphne.

La joven le sorprendió cuando acababa de regresar.

—¿De dónde viene usted? —preguntó.

—Estuve en la casa de los espías, señora.

¿Consiguió algo?

—¿Sabía la señora que ese edificio pertenece a Alviss Thurmond?

—¡No! —contestó Daphne, visiblemente sorprendida—. ¿Quién se lo ha dicho?

—El propio Thurmond. Me sorprendió en la casa.

—¿Le dijo algo? En todo caso, podría haber alegado que yo le había ordenado inspeccionar el edificio.

—La señora es muy amable, pero no será necesario —contestó Dennison. Y relató la entrevista con Thurmond—. Se sintió muy agradecido —concluyó.

—El señor Thurmond tiene negocios de todas clases —dijo ella pensativamente—. Y he oído decir que algunos están en conflicto con la ley, o poco menos.

De pronto, levantó la vista.

—Philo —añadió.

—¿Señora?

—Lo que sucedió anoche... Espero no lo tome como costumbre. Fue un momento de debilidad. Me sentía muy deprimida, ¿comprende?

—Sí, señora.

—No se haga ilusiones. No volverá a repetirse.

—Nunca se me ocurrió pensar tal cosa, señora —dijo él.

—Gracias, eso es todo.

Dennison se inclinó.

—Ah —dijo de pronto—. Solicito de la señora me conceda su permiso para salir esta noche. No puedo asegurarle la hora de regreso, pero sí estaré a tiempo de servirle el desayuno.

—¿Adónde piensa ir? —preguntó Daphne.

El joven sonrió.

—Un mayordomo también tiene derecho a su vida privada —

repuso.

Daphne enrojeció.

—De acuerdo, tiene mi permiso. Buenos días.

Daphne se alejó con vivo taconeó. Dennison se puso un cigarrillo en los labios y sacó el encendedor.

—La tiene muerta por sus huesos —dijo Sue, a sus espaldas.

—Señora Talbot, ¿no se le va a curar nunca el maldito vicio de escuchar al otro lado de las puertas?

—Si no lo hiciese así, ¿cómo iba a enterarme de muchas de las cosas que suceden aquí? —respondió ella cínicamente.

—¿De veras? Dígame algo interesante, por favor.

—Acabo de decírselo. ¿O es que le parece poco?

—Me parece una falta de ética imperdonable y me hace sospechar que se dedica a espiar a la señora por cuenta de otra persona.

Dennison se volvió. Un golpe de sangre había tornado rojo el rostro del ama de llaves.

Con un ademán, señaló el teléfono.

—Puede llamar a esa persona y contarle lo que acaba de escuchar —finalizó, sin que Sue hubiese encontrado todavía fuerzas para rebatir la acusación.

CAPÍTULO X

Se había puesto un *pullover* fino, blanco, de cuello cerrado, chaqueta oscura y pantalones grises, lo que le confería un aspecto juvenil y sumamente atractivo. Cuando entró en el «Delfín Cantante», fueron muchas las miradas femeninas que se concentraron sobre él. Ignorando la admiración de las mujeres, se acercó a la barra, servida por camareras que solamente cubrían los vértices de los senos con diminutos discos dorados.

—*Whisky* —pidió, con la mejor de sus sonrisas.

La *barmaid* se apresuró a atenderle. Dennison se sentó en un taburete y contempló el espectáculo que se ofrecía en el diminuto escenario del local.

El lienzo de muro que había encima del escenario era completamente liso, adornado con una pintura al fresco, que representaba un delfín gigantesco, saltando por encima de las olas, y cabalgado por una Venus desnuda, que tocaba una lira. La pintura era deliberadamente ingenua, imitando el estilo del siglo pasado, pero resultaba de gran efecto.

Dennison contempló la decoración durante unos segundos, ajeno por completo a las evoluciones de las dos parejas que actuaban en el escenario, simulando juegos amorosos. De pronto, captó un vivo centelleo en el ojo izquierdo del delfín.

Fue un chispazo que duró menos de un segundo. Dennison supo enseguida lo que había sucedido. Aquel ojo no era sino un observatorio que permitía ver sin dificultad lo que sucedía en la sala. Simulando no haberse dado cuenta, se aplicó a consumir el licor. Al terminar, se volvió hacia la *barmaid*.

—Necesito lavarme las manos —dijo.

La joven extendió un brazo.

—Por aquella puerta, a mano derecha —indicó.

—Muy amable.

Dennison puso un billete sobre la barra.

—Gracias, señor —sonrió la *barmaid*.

El joven abandonó el taburete y llegó a los servicios. A la derecha se divisaba una puerta de apariencia discreta. Fue a ella y abrió, y vio una escalera que conducía al piso superior.

Lentamente, peldaño a peldaño, subió hasta hallarse en un rellano, en el que había dos puertas. Tras orientarse mentalmente, abrió la de la izquierda.

Kate estaba sentada ante una mesa, examinando un libro. Dennison entró y cerró con todo cuidado.

—Éste no es el mismo despacho en que me recibiste la ocasión anterior —dijo.

Ella, sobresaltada, alzó la cabeza. Inmediatamente, se llevó la mano a la pierna derecha.

Dennison alzó los brazos.

—He venido en son de paz —dijo.

Kate le miró furiosamente.

—Tu presencia no es deseada —contestó—. Lárgate.

—Me gustaría hablar contigo —manifestó él—. Hemos tenido diferencias...

—No tenemos nada de qué hablar. ¡Fuera!

—¿Te molestó la Policía el otro día? ¿Pudiste esconder a los heridos?

Kate se puso en pie.

—¿Cómo lo hiciste? Estábamos en la oscuridad...

—Tengo visión de gato. No tiré a matar; de lo contrario, incluso tú podrías estar muerta, Kate. ¿Por qué ése empeñó en vengarte de la mujer que, involuntariamente, te quitó al hombre a quien amabas?

Ella apretó los labios.

—No creo que sea cosa que te importe —dijo ásperamente.

—Me importa, más de lo que piensas. Ya intentaste liquidarme una vez, cuando el tipo me llevó a una casa solitaria...

—Sólo queríamos interrogarte.

—Ya —rió él, sarcástico—. Me hubieras apretado las tuercas, ¿verdad?

Kate se encogió de hombros.

—Aquel pobre diablo se descuidó. Le estuvo bien empleado —
repuso con indiferencia.

—Kate, ¿quién asesino a Gramstock?

—Yo no lo hice.

—Pero conoces al asesino.

—¡No!

Era una negación demasiado rotunda para ser sincera, pensó
Dennison.

—Hay algo que no acabo de entender —dijo, pensativo—. Nicky
Dotts murió... ¿Por qué?

Kate cruzó los brazos bajo el pecho opulento.

—No eres policía, no tengo por qué darte explicaciones —
contestó—. Lo único que quiero es que te marches. ¿Me entiendes?

—Daría algo bueno por saber tu juego. Y créeme, acabaré por
conseguirlo.

—Pero, por todos los diablos, ¿qué interés tienes en este asunto?
Eres un simple mayordomo, a ti no te importan los problemas de tu
ama. Lo único que debes hacer es comportarte como un sirviente
modelo y cobrar tu sueldo a fin de mes.

—Lo siento.

—Entonces, no te lamente de lo que pueda sucederte.

—Soy responsable de mis actos. ¿Sabes?, Pino Molina admitió
que tú le ordenaste «apiolar» a Russ Penton.

—Ese bastardo —dijo ella, furiosa—. En cuanto le ponga la vista
encima...

—Es inútil. Tiene miedo y se ha largado.

Kate soltó una obscenidad. Luego levantó la barbilla.

—Su palabra contra la mía —respondió.

—No te pueden condenar —admitió él—. Pero apostaría a que
«Carapartida» descubrió la verdad. Era, literalmente, un perro fiel.
Te había dado una buena paliza. No se lo perdonaste, ¿verdad?

—Está donde debía haber ido hace mucho tiempo: ¡en el
infierno!

—¿Con su amo?

Ella no contestó. Muy nerviosa, sacó un cigarrillo de una caja
que había encima de la mesa, lo golpeó varias veces contra el dorso
de la mano izquierda y se lo puso en los labios. Dennison, cortés, le

ofreció fuego.

Mientras ella encendía su cigarrillo, Dennison bajó la vista hacia el escote. Los senos, rotundos, macizos, amenazaban desbordar el tejido que los contenía difícilmente.

Ella se dio cuenta y respiró hondo, estirándose un poco incluso, para que su pecho se acercase al del visitante. Dennison se retiró.

—Eres muy hermosa... pero la pantera es también un bello animal y mata —dijo jovialmente.

De pronto, recordó algo y fue a la pared situada a su izquierda.

Había allí un cuadro y lo hizo girar. Un hueco de forma ovalada y de la anchura suficiente para los dos ojos de una persona, quedó a la vista en el acto.

Sonriendo, se volvió hacia Kate.

—Me viste a la llegada —dijo—. La luz de la lámpara sale a través del hueco y yo capté su resplandor un instante. Enseguida, te pusiste a observar y tu cabeza interceptó los rayos de luz.

—Es conveniente, ¿no te parece?

—Oh, sí, claro...

Dennison se acercó al hueco. Entonces, con enorme sorpresa, vio un rostro conocido.

A Eva no le había durado mucho el dolor por la muerte de su esposo. Y el hombre que tenía al lado parecía mucho más interesado en su fascinante escote que en el espectáculo de la sala. Dennison pensó que Thurmond no sintiéndose seguro de la aceptación por parte de Daphne, había decidido aplicar sus esfuerzos a un objetivo mucho más asequible.

Repentinamente, vio algo que le dejó sin respiración.

—Pero ¿qué diablos...?

Algo cortó su exclamación. Sintió un espantoso dolor en la cabeza y notó que las piernas perdían su fuerza instantáneamente.

Mientras caía, se dijo: «nunca debí haber vuelto la espalda a esa mujer». Luego vinieron las sombras y el silencio.

* * *

Voces extrañas taladraron la espesa cortina de niebla que envolvía su mente.

—Espera unos segundos —dijo Kate—. Cuando pueda moverse,

pero no reaccionar, os lo lleváis.

—¿Y después? —preguntó un hombre.

—No quiero verle más en los días de mi vida.

Hubo una pausa de silencio. Luego, el tipo dijo:

—Entendido.

—Habrá que hacerlo bien, para que no quede rastro de él —añadió otro sujeto.

—Eso es, precisamente, lo que quiero —confirmó Kate con espantosa frialdad.

De pronto, se acercó al caído y le asestó un terrible puntapié en la cadera.

—Maldito bastardo...

Dennison emitió un leve gemido. Todavía se sentía muy torpe, pero ya no tenía la menor duda de que, cuando pudiera tenerse en pie de alguna forma, los dos matones le sostendrían por ambos brazos y lo sacarían del local. Nadie se extrañaría de verlos, sosteniendo a un borracho.

El dolor se alejó. Ahora ya estaba plenamente consciente, aunque no se atrevía a moverse. Debía recobrar sus fuerzas por completo, pensó. Entonces, trataría de defenderse...

Kate se impacientó de pronto.

—¡Basta! Ya es hora. Vamos, largaos con él.

Los dos individuos se acercaron a Dennison. Repentinamente, se oyó una voz estridente:

—¡No toquen a ese hombre o haré fuego!

Dennison, pasmado, abrió el ojo izquierdo. Daphne estaba en la puerta de la estancia, armada con un revólver de pequeño calibre pero, sin embargo, tan eficiente como uno de mayores dimensiones.

—Apártense de él —ordenó—. ¡Fuera, a la pared!

Los hampones obedecieron. Kate, disimuladamente, bajó la mano hacia su pierna derecha.

Entonces, Daphne apretó el gatillo. La bala se hundió en la pared, tras rozar el hombro de Kate, quien dio un salto de pánico.

—Levante las manos, señora; no me obligue a dañarla —dijo la joven.

Kate obedeció. Dennison, haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el suelo. —Philo— llamó ella.

—¿Señora?

—¿Puede moverse?

—Lo intentaré...

El joven hizo un esfuerzo y se puso en pie, con la mano en el sitio donde había recibido el golpe. Sacudió la cabeza un par de veces y luego se acercó a la muchacha.

—Déjeme, señora —pidió.

Daphne le entregó el arma. Dennison inició la retirada.

—Kate, recuerda lo que hemos hablado —dijo.

Ella apretó los labios.

—Digo lo mismo —contestó.

—Olvida este asunto. Es por tu bien, ¿sabes?

Uno de los matones se movió de pronto y Dennison le encañonó con el revólver.

—Si tienes ganas de seguir vivo, no te muevas —dijo.

Daphne había abierto la puerta. Pasó al Otro lado y esperó al joven. Dennison salió y cerró.

—Corra, rápido —ordenó.

Ella no se hizo de rogar. Dennison se quedó junto a la puerta, que se abrió instantes después.

Un hombre salió, mugiendo como un toro. Dennison le golpeó en la nuca primero y luego lo arrojó hacia atrás, provocando el choque con su compinche. Los dos hombres rodaron en confuso montón y Dennison aprovechó el momento para escapar sin ser molestado.

Daphne le cogió del brazo una vez fuera del local.

—¿Dónde tiene el coche? —preguntó—. Yo vine en taxi.

Dennison se percató de que la muchacha vestía blusa negra, cazadora de cuero del mismo color y pantalones también negros. El contraste de su pelo, brillante y dorado, era sumamente atractivo.

—Venga por aquí. Conducirá usted... Yo me siento sin fuerzas...

—Claro —admitió ella con una sonrisa—. Le gusta meterse en líos, ¿verdad?

—Estoy tratando de aclarar el asesinato de su esposo, señora —contestó él de mal talante.

Daphne abrió el coche y se sentó tras el volante.

—Pero ¿qué puede importarle a usted la muerte de Gramstock? No irá a decirme que es un policía de incógnito, ¿verdad?

—No, no lo soy. Y, por el momento, no quiero darle

explicaciones. En cambio, usted sí debería explicarme por qué fue al «Delfín Cantante».

—Le seguí —sonrió ella, atenta al manejo del automóvil.

—Lo sé. La vi, pero fue un segundo antes de que Kate me golpeará en la cabeza.

—¿Me vio? —se sorprendió Daphne.

—Claro. El despacho de la «Pantera» tiene una mirilla que permite observar el salón. El ojo del delfín, ¿comprende?

—Vaya truco —se admiró la joven.

—Es corriente en estos lugares.

—Parece conocer bien «estos lugares», ¿eh?

—No sea mordaz. Eso lo sabe hasta un lactante. Pero además, vi también otra cosa.

—¿Qué, Philo?

—Eva Calder estaba con Thurmond, su pretendiente.

—No me sorprende. —¿Sabía algo?

—El es un intemperante en todos los sentidos: comida, bebida... y amor. Lo mismo que ella, aunque más bien en la última de las tres cosas citadas.

—De todos modos, me parece sospechosa esa coincidencia.

—¿Por qué?

Dennison reclinó la cabeza en el soporte del respaldo.

—No puedo contestarle de una forma concreta —dijo—. A veces pienso que tengo la solución al alcance de la mano... la pieza del rompecabezas que falta, pero no soy capaz de encontrarla.

—Creo que comprendo. —Daphne le miró con simpatía—. De todos modos, no se preocupe. Acabará por encontrar esa pieza.

—Es lo que más deseo en este mundo —suspiró él.

CAPÍTULO XI

—De modo que he de servirle yo el desayuno a la señora. ¿Es que a él se le han pegado las sábanas?

Dennison entraba en la cocina en aquel instante.

—No se moleste, señora Talbot; estoy listo para...

De pronto, se interrumpió. Allí no estaba Sue, sino solamente Martha y Betty.

—Dispensen. Me pareció oír a la señora Talbot... Betty, su voz es casi idéntica —dijo—. No es el primero que me lo dice —sonrió Betty—. Tengo esa desgracia, ¿sabe, señor Dennison? ¿Se encuentra mal? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó con interés.

—He pasado mala noche, eso es todo, pero ya me encuentro perfectamente, muchas gracias. Martha, ¿está listo el desayuno de la señora?

—Sí, señor Dennison.

El joven cargó con la bandeja. Daphne estaba en el salón y sonrió con simpatía.

—¿Cómo va su cabeza, Philo?

—Mucho mejor, señora. Debo darle las gracias; la señora me sacó de un grave apuro.

Aquella gente estaban dispuestos a quitarme de en medio.

—Le consideran un hombre peligroso, ¿eh?

—Sospecho que piensan que he aparecido en el momento menos oportuno —sonrió Dennison.

—Philo, usted no es ni ha sido mayordomo en su vida, aunque no cabe duda de que ningún otro podría haber desempeñado su puesto con mayor eficiencia...

—La señora es muy gentil y amable conmigo —dijo él, inclinándose profundamente.

—No le preguntaré qué es, pero sí me gustaría saber qué busca —añadió Daphne—. Si la señora tiene un poco de paciencia, creo que muy pronto habremos encontrado la pieza del rompecabezas que nos falta.

—¿Seguro, Philo?

—Moderadamente seguro, señora.

Daphne suspiró.

—La verdad, tengo ganas de salir de esta ridícula situación —dijo—. No sé aún si soy viuda o estoy casada...

—Tengo motivos para sospechar que la señora es absolutamente viuda —contestó él.

—¿De veras?

—¿Se sentiría feliz si su marido apareciese de repente?

—Pediría el divorcio de inmediato —respondió Daphne, contundentemente.

Dennison emitió una leve sonrisa.

—Pronto estará resuelto todo —aseguró una vez más.

Y se retiró del salón, dejando a Daphne entregada a sus reflexiones.

Al cabo de un rato, y cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, buscó el teléfono. Instantes después, oía la voz de Mabel.

—Philo, qué alegría... ¿Te sucede algo? ¿Te matan de hambre en esa casa? Ven a cenar conmigo esta noche...

—Imposible, encanto —respondió él—. De todas formas, te lo agradezco infinito.

—Como quieras —se resignó Mabel—. No me hago demasiadas ilusiones contigo... pero te tengo mucha simpatía. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Qué sabes de Nicky Dotts?

Ella repitió el nombre un par de veces. Luego, de pronto, exclamó:

—Ah, sí, ahora recuerdo. Un falsificador de lo mejorcito en su clase.

—Lo mataron a los pocos días de salir de la cárcel. ¿Tienes alguna idea de los motivos de su muerte?

Mabel dio una respuesta que hizo pensar mucho al joven. Al cabo de unos segundos de silencio, Dennison volvió a hablar:

—¿Eso es todo?

—Bueno, era hermano de un tal doctor Dotts, un médico experto en cambiar caras y curar heridas de tipos que no podían ir a los hospitales. Al doctor Dotts le metieron cuatro tiros hará cosa de tres meses. Era una familia destinada a morir de forma violenta.

—Muchas gracias, Mabel. Nunca te olvidaré.

—Sí me olvidarás, pero no te preocupes: lo sabía desde el primer día. ¡Suerte, Philo!

Dennison colgó el teléfono y permaneció unos momentos sumido en profundas meditaciones. De pronto, creyó haber hallado la solución.

Chasqueó los dedos, satisfecho. Recorrió la casa. La señora Talbot se hallaba inspeccionando la ropa de los armarios. Sue le dirigió una mirada aviesa. Dennison mostró un rostro inescrutable.

Luego llamó a una de las doncellas.

—Betty, sígame, por favor.

La chica obedeció, con el temor retratado en su rostro. Dennison señaló el teléfono, a la vez que le enseñaba papel.

—Betty, quiero que haga una cosa —dijo.

—Sí, señor, lo que usted ordene.

—Tiene la voz muy parecida a la de la señora Talbot. Ahora va a llamar a este número y dirá al hombre que le contestará, que la señora lo sabe todo y que se lo ha oído, cuando hablaba con el mayordomo. ¿Me ha comprendido?

—La señora lo sabe todo y se lo he oído comentar cuando lo hablaba con el mayordomo.

—Sí, justamente —sonrió Dennison.

—Pero ¿qué diré si él me hace preguntas...?

—Entonces diga que alguien se acerca y que tiene que colgar, como si tuviera mucha prisa.

Betty asintió.

—¿Empiezo?

—Ahora mismo.

Dennison fue a la puerta y vigiló el vestíbulo. Nadie se acercó, mientras Betty cumplía sus órdenes. Cuando la doncella hubo terminado, Dennison dijo:

—No hable con nadie, no mencione esto para nada. Debe guardar el silencio más absoluto. ¿Ha comprendido?

—Descuide, señor.

Dennison consultó su reloj. Eran las cuatro de la tarde. El día no terminaría, pensó, sin que se hubiese aclarado totalmente el enigma.

A las seis de la tarde, llamó al ama de llaves.

—Señora Talbot, haga su equipaje y márchese inmediatamente. Está despedida.

Sue se quedó sin color en la cara instantáneamente.

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho yo...?

—A la señora no le gustan los espías, con o sin faldas. Cuando tenga listo el equipaje, venga a verme y saldaré su cuenta. Eso es todo.

Sue se marchó, completamente abatida. Media hora más tarde, apareció con un maletín en la mano.

—Enviaré mañana a por el resto del equipaje —musitó.

Dennison le entregó un cheque.

—Sus honorarios —dijo.

—¡Pero no está firmado por la señora! —protestó Sue.

—Eso no es cosa que le importe. La cuenta está saldada. Váyase.

Sue dio media vuelta.

—Por la puerta de servicio —indicó él, punzante—. Y no se moleste en avisar al señor Thurmond. A estas horas, ya no lo encontrará en su casa.

El cuerpo de la señora Talbot sufrió un fuerte estremecimiento, pero no se atrevió a contestar. Dennison permaneció en el mismo sitio, hasta que la vio desaparecer por completo. Entonces, fingió sacudirse el polvo de las manos.

—Asunto concluido —dijo, rebosando de satisfacción.

Y pensó que podía premiarse con una copa, por lo que se encaminó hacia el salón. Al abrir la puerta, vio a un hombre de espaldas, que estaba haciendo exactamente lo que él se proponía.

Dennison se quedó parado un instante. Luego, cortésmente, carraspeó.

—Ejem...

El hombre se volvió, sonriendo, con una copa en la mano.

—Conque usted es el nuevo mayordomo de la casa —dijo.

—En efecto, señor —contestó Dennison—. ¿Con quién tengo el honor de hablar, señor?

El desconocido meneó la cabeza.

—Lleva poco tiempo, por eso no me conoce —respondió—. Soy Irving Gramstock.

* * *

Dennison se quedó estupefacto. Conocía a Gramstock por fotografías y el hombre que tenía ante sí era idéntico al que había visto en imágenes obtenidas mediante una cámara. No cabía duda, era él... y tan sonriente y atractivo como año y medio antes, tan atractivo como para haber enamorado a Daphne y conseguir que se convirtiera en su esposa.

Durante un segundo, sintió la tentación de gritarle que era un impostor, que Gramstock había sido asesinado, pero logró contenerse y emitió una cortés sonrisa.

—Bien venido, señor —dijo—. Soy Philo Dennison, la señora me contrató...

—¿Cómo está ella, Philo?

—Perfectamente, señor. ¿Debo suponer que el señor no ha visto todavía a la señora?

—Acabo de llegar —contestó el sujeto—. ¿Tiene la bondad de avisarle de mi presencia?

—Será un placer, señor.

Dennison abandonó el salón, con la cabeza hecha un verdadero lío. Pero de pronto, creyó haber hallado la solución.

Daphne estaba en su habitación, terminando de vestirse. Dennison irrumpió en ella, sin molestarse en llamar.

—Está abajo —anunció.

Ella se volvió, con las manos en el tirante del vestido.

—¿Quién? —preguntó.

—El, su marido.

El color huyó instantáneamente de la cara de la joven.

—No puede ser —dijo apagadamente.

—Es él. Su parecido es extraordinario... Pero tengo la seguridad de que se trata de un impostor.

Daphne corrió hacia el joven.

—Tendríamos que asegurarnos de ello, ¿no le parece?

—Usted le conoce mucho mejor que yo. Tal vez encuentre la forma de desenmascararlo.

Pero el hecho es que esa inoportuna llegada puede alterar mis planes.

—¿Sus planes? —se asombró la joven.

—Sí, lo tenía todo preparado... —Dennison se mordió los labios—. Alguien ha decidido adelantarse.

Repentinamente, agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—Mientras bajamos, piense en algún detalle que ese tipo no pueda conocer. Sin duda, le dirá que no se acuerda, pero insista y no se deje convencer. ¿Entendido?

Daphne chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo—. Mencionaré la tarde en que fuimos a pasear en barca por el lago y yo me caí al agua. Tuve que secar mis ropas en una hoguera que improvisamos. Y... bueno, le preguntaré de qué color era aquel día toda mi ropa interior.

Dennison la miró oblicuamente.

—¿Se quedó así... sólo con el sostén y las bragas?

—Cuando voy a la playa, uso bañador de dos piezas —contestó ella maliciosamente—. Esas prendas se secaron muy pronto. El vestido era de lana y...

—Venga, abajo —dijo Dennison, empujándola sin remilgos.

Daphne se detuvo, le miró y sonrió.

—¿Dónde están los buenos modales de un mayordomo? —preguntó.

Dennison se echó a reír.

—¿Importa eso mucho ahora?

—Luego hablaremos usted y yo detenidamente, Philo.

—Con mucho gusto, señora.

Descendieron rápidamente hacia la planta baja.

El sujeto salió al encuentro de la joven, con los brazos extendidos y una sonrisa.

—Daphne, amor mío, cuánto te he echado de menos en estos meses que se me han hecho tan largos... Tuve que esconderme; me amenazaban de muerte unos viejos enemigos que tenía y...

Ella se detuvo en seco, a pocos pasos del umbral.

—Se parece usted extraordinariamente a mi difunto esposo, pero desde luego, no lo es —dijo.

—Pero, Daphne, ¿de dónde has sacado esas ideas tan

disparatadas? —exclamó el hombre—. Yo comprendo que te sientas enojada por haberme marchado en aquellos momentos tan rápidamente, apenas terminada la ceremonia, pero cuando me hayas oído, comprenderás que...

—Si de veras es usted mi esposo, supongo que no tendrá inconveniente en contestar a una pregunta que pueda confirmarme de verdad su identidad, ¿no es así?

—Me duelen muchísimo tus sospechas, pero estoy preparado —dijo el sujeto con aire de ofendida dignidad—. Pregunta, estoy dispuesto.

—El día de nuestro compromiso, nos fuimos al lago, a dar un paseo en barca. Entonces la barca se movió y yo me caí al agua, tuviste que sacarme toda mojada y tuve que secarme en una hoguera que encendimos allí mismo para lo cual me quité el vestido, quedándome solo con las prendas mínimas. ¿De qué color eran esas prendas?

El hombre se quedó cortado. Daphne sonrió desdeñosamente.

—Caballero, no sé quién le ha enviado a usted a mi casa, ni quién le ha transformado la cara hasta el punto de parecer una copia exacta de Irving Gramstock. Pero me resulta completamente evidente que falla usted a las primeras de cambio.

—Y la impostura ha sido totalmente descubierta, apenas puesta en práctica —intervino Dennison, que estaba oculto hasta entonces detrás de la puerta del salón.

Se acercó al desconocido, que parecía completamente desconcertado, y antes de que pudiera percatarse de sus intenciones, lo derribó de un seco derechazo al mentón.

CAPÍTULO XII

Daphne contempló al caído con gesto preocupado.

—¿Cómo pudieron realizar una «imitación» tan perfecta? —murmuró.

—Presumo que el difunto doctor Dotts tuvo mucho que ver con el arreglo de la cara de este sujeto —contestó Dennison—. Era hermano de Nicky Dotts y se había especializado en curar a forajidos que no querían tratos con los hospitales públicos, y en alterar sus facciones, para eludir la persecución de la Policía. Su hermano, Nicky, debía de saber algo al respecto; por eso te llamó, para comunicarte la trampa, y alguien lo evitó mediante un par de disparos muy oportunos.

—Sí, eso tuvo que ser. Recuerdo que me dijo que tenía algo muy importante que decirme, pero que necesitaba dinero... Pero ¿por qué han tardado tanto?

—Seguramente decidieron que ya había pasado demasiado tiempo. Es más, pienso incluso que Nicky Dotts le enseñó a este tipo a falsificar la letra de Gramstock. En esta clase de asuntos tan turbios, algunos de los que intervienen en ellos están condenados a muerte desde el primer momento, aunque no lo saben hasta que ya es demasiado tarde.

Daphne se volvió hacia el joven y le miró fijamente.

—Philo, ¿quién eres, en realidad? —preguntó.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Dennison sonrió.

—Pronto lo sabrás —repuso.

Una de las doncellas cruzó el vestíbulo y abrió. Thurmond y Eva Calder entraron en la casa.

—¿Dónde está la señora? —preguntó el primero.

—Aquí, tengan la bondad —dijo Dennison, moviendo la mano

desde el umbral del salón.

Los recién llegados avanzaron recelosamente. Al llegar a la puerta, Eva vio al hombre caído y lanzó una exclamación:

—¡Emil Zacharias!

—Lo conocen, ¿verdad? —sonrió Dennison—. Han estado preparando la impostura durante muchos meses, solamente para que fuese descubierta en cinco minutos. Ambos conocían muchos detalles de la vida de Daphne, pero no lo suficiente para que ese imbécil, al que el doctor Dotts cambió las facciones, cayera a la primera pregunta.

Eva se volvió rabiosa hacia Thurmond.

—Te lo dije. Era un plan disparatado, pero tú tenías que seguir hasta el final...

—Y como el señor Calder no quería tomar parte en el juego, tuvo que morir envenenado por su propia esposa —dijo Dennison.

El rostro de Eva se quedó sin color.

—No hay pruebas...

—Entonces, ¿lo admite? —exclamó Daphne.

—¡No! —chilló Eva.

—Cierra el pico —gruñó Thurmond—. Dennison, ¿qué diablos pretende usted?

—Simplemente, evitar que Daphne sea víctima de una colosal estafa. Porque si no hubiera estado yo, ella, tal vez, se hubiera dejado convencer por ese tipo llamado Zacharias, y le habrían sacado un buen montón de dinero. Eva, su esposo estaba arruinado y confiaba en que la participación económica de Daphne podría rehacer sus maltrechas finanzas. Pero a última hora sintió escrúpulos. Aquella noche, probablemente, hubiera destapado el pastel... Y eso era algo que ni usted ni Thurmond podrían permitir. Mike Calder estaba ya muerto cuando se sentó a la mesa.

»En cuanto a usted, Thurmond, su único interés estribaba en meter mano... las dos manos, en la fortuna de Daphne. Sabía que no lo lograría jamás mediante el matrimonio, a pesar de que simulaba pretenderla constantemente. Por eso trazó el plan del impostor, basándose en el hecho de que existían ciertas dudas sobre la muerte de Gramstock, a pesar de todos los dictámenes oficiales. Con Zacharias en esta casa, un hombre apuesto y seductor, elegido cuidadosamente, ustedes habrían conseguido el objetivo deseado.

»Pero existían ciertos obstáculos —continuó Dennison implacable—. Había que convencer a Daphne, era preciso atormentarla con unas supuestas torturas de su esposo, prisionero de unos sujetos sin escrúpulos. Y no se les ocurrió nada mejor que buscar la colaboración de la antigua amante de Gramstock, una mujer que conoce a infinidad de hampones, asesinos y maleantes de toda laya, y que fue la que les proporcionó los tipos que necesitaban, envolviéndoles en sus redes, porque ella también quería vengarse de Daphne por haberle dejado por ella. Eso explica todo lo que ha sucedido: la muerte de Nicky Dotts, la de «Carapartida», que no podía dejar de ser fiel a su jefe ni siquiera después de muerto...

Dennison hizo una pausa para tomar aliento. Thurmond y Eva parecían abrumados.

—Por si fuese poco, usted, Thurmond, tenía una espía en la casa: Sue Talbot. Ha sido descubierta y ya la he despedido —prosiguió el joven implacable—. No fue ella la que hizo la llamada telefónica, sino otra persona, que tenía la voz muy parecida a la de Sue. Por eso están aquí, ¿verdad?

Thurmond se irguió.

—De todos modos, no me pueden acusar de nada —dijo—. Yo no he matado a nadie. En cuanto a Calder, lo hizo su esposa, es cierto, pero ¿quién podría probar que tuve algo que ver con su muerte?

Eva lanzó un furioso chillido.

—¡Maldito seas! —vociferó descompuestamente—. Tú me proporcionaste el cianuro que yo puse en su copa de helado. Si he de sentarme ante un tribunal, no estaré sola, condenado hijo de perra...

Dennison sonrió.

—Pero quizá el señor Thurmond tenga que responder también de la muerte de Gramstock. La bala que lo mató se alojó en su cráneo y resistió los efectos del fuego posterior.

En alguna parte tiene usted un revólver, y la Policía no dejará de hacer el examen balístico correspondiente.

—Yo estuve presente en la ceremonia...

—Se marchó unos minutos antes. Lo he investigado. «Carapartida» vino a buscar al novio, diciéndole que había unos

tipos que querían eliminarle. Entonces, Gramstock huyó creyendo salvar la vida, pero en realidad, encaminándose a la trampa que usted le había tendido. Y, por supuesto, ayudado por Kate.

—¿Hablaban de mí? —dijo de pronto la aludida.

* * *

Kate apareció en la puerta, sosteniendo el revólver en una mano y la otra apoyada negligentemente en la cadera.

—Acabábamos de mencionar tu nombre —sonrió Dennison.

—Supongo que no para elogiarme —dijo Kate.

—Estábamos hablando de Gramstock y del hombre que le voló los sesos de un tiro.

—Sí, lo hizo él...

—Y tú le ayudaste a quemar el cuerpo. Estabas furiosa con él, por haberte abandonado. Seguramente, dijiste: «o mío o del sepulcro frío», ¿eh?

—Había algo más —dijo Kate sin inmutarse—. Me había arruinado. Y cuando le reclamé las deudas, dijo que no me pagaría ni un centavo.

Dennison volvió los ojos hacia Thurmond. El sujeto tenía la frente inundada de sudor. —Aliarse con una «pantera» es siempre peligroso, Alvis —dijo—. Al final, se revuelve contra uno.

—Es un tipo flojo —calificó Kate despectivamente—. Pura fachada... Sólo que no lo supe ver hasta que fue demasiado tarde.

—Lo cual significa que no conoces a los hombres tanto como pretendes dar a entender —dijo Dennison sin perder la calma—. Porque tú misma has resultado engañada y le has prestado una considerable ayuda, por medio de tus secuaces, esperando, lógicamente, recibir tu parte del premio.

»Todos pensaron que Daphne se volvería loca de alegría al encontrar vivo a su esposo. El impostor podría meter mano en la fortuna de su “esposa” y ustedes tres estarían aguardando con los cestos para llenarlos de oro. Ciertamente, sabían que no duraría mucho, pero, mientras tanto, se forrarían.

—Y, para nuestra mala suerte, empezaste a meter las narices —dijo Kate rabiosamente—. ¿Por qué diablos tuviste que intervenir en algo que no te importaba?

Dennison la miró de soslayo.

—También tenía una cuenta que saldar con Gramstock —contestó.

—¿Tú? —se asombró Daphne.

—Sí, pero es algo que no les interesa a ellos. A partir de ahora, sólo les importará enfrentarse con la justicia.

—¿Sin pruebas? —se burló Kate.

—En alguna parte, hay una grabadora que ha recogido fielmente todo lo que se ha dicho en esta habitación —contestó Dennison serenamente.

Un súbito silencio gravitó sobre el ambiente. Eva se puso a temblar convulsivamente.

—¡Alviss, tienes que hacer algo para sacarme de éste lío...!

—Cállate, zorra —contestó Thurmond abruptamente—. Dennison, no creo en eso de la grabadora.

—Es muy capaz de haberlo hecho —dijo Kate con expresión pensativa—. Es listo como un zorro... Pero creo que no le voy a dejar disfrutar de su victoria.

Y levantó la mano armada, apuntando directamente hacia el pecho del joven.

Entonces, Daphne lanzó un grito y se arrojó contra Kate, propinándole un terrible empellón.

Kate se tambaleó, giró un poco sobre sí misma y, por la sacudida, se le disparó el arma.

Eva exhaló un horripilante alarido, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho. Sus ojos se abrieron espantosamente mientras chillaba. Luego, de pronto, se venció hacia adelante.

Kate se recobró, completamente desconcertada. El puño de Dennison actuó por segunda vez. La joven se desplomó como un fardo.

Alguien irrumpió de pronto, pistola en mano. Malloy contempló la escena unos segundos y luego miró al joven.

—Parece que he llegado un poco tarde —dijo.

—Ha llegado justamente a tiempo, teniente —respondió Dennison.

Zacharias despertó en aquel momento y se sentó en el suelo, mirando torpemente en todas direcciones.

—Eh, ¿dónde está mi esposa? Daphne, quiero que sepas que me

han tratado indecorosamente...

Dennison se acercó al sujeto y lo levantó, agarrándolo por el cuello de la chaqueta. —Daphne va a tener un esposo dentro de muy poco y rió serás tú, condenado estúpido— dijo.

* * *

Dennison llenó una copa y se la entregó a la joven.

—Bueno, creo que se ha acabado todo —dijo.

—¿No bebes tú?

—Necesito el permiso de la señora...

—No seas tonto —sonrió ella—. Ya no eres mi mayordomo.

Una chispa de malicia apareció en los ojos de Dennison. Llenó su copa y tomó un par de sorbos.

—Pero lo hice bien —dijo.

—Eso no se puede negar —convino ella—. ¿Cómo lograste saber tantas cosas, Philo? —Hablé en más de una ocasión con el teniente Malloy, quien me facilitó muchos detalles de todos los involucrados en el asunto, incluyendo el auténticamente difunto Irving Gramstock. Thurmond y Eva necesitaban alguien que les ayudase en sus planes, y, ¿quién mejor que Kate Gordon? Sobre todo, teniendo en cuenta que Kate sabía ya que Thurmond era el asesino de Gramstock. El pían le pareció de perlas a Kate, pero tenía también sus proyectos sobre el particular. Seguramente, luego les habría desplumado... Nadie sino ella podía proporcionar el cirujano que alteró las facciones de Zacharias, al que luego, naturalmente, fue preciso cerrar la boca. Pero no contaron con dos cosas: una, el hermano del doctor Dotts, que llegó a enterarse de toda la verdad y quiso contártelo a ti mediante una recompensa, claro. Sin embargo, lo supieron a tiempo y lo borraron del mundo de los vivos.

—¿Y cuál fue la otra cosa que provocó su fallo?

—Yo —contestó Dennison sin rubor—. Hacía poco tiempo que había regresado de Sudamérica, en donde estuve trabajando casi dos años en un proyecto de ingeniería. Aquí teníamos una sociedad de proyectos, que yo había puesto en marcha antes de marcharme, y que ya había alcanzado una gran reputación. Pero mi socio resultó ser un poco ingenuo y se dejó barrer todo el capital de que disponíamos por una estafa que le hizo Gramstock —el joven

contempló su copa pensativamente—. No te lo querrás creer, Daphne, pero en aquella empresa perdimos casi dos millones de dólares.

—Oh, ésa es una suma enorme —se asombró Daphne—. ¿Y no podrás recuperar nada de todo ese dinero?

—Bueno, mis abogados tendrán mucho trabajo a partir de este momento. No podemos olvidar que Gramstock tenía negocios aparentemente honestos y harán lo posibles por conseguir su liquidación y que me indemnicen con ello de los perjuicios sufridos.

—A ti y a tu socio, claro.

—La sociedad se ha disuelto. Ahora la empresa es mía y la pondré nuevamente a flote. A partir de ahora tendré que trabajar duro, pero lo conseguiré. Mi reputación, por fortuna, continúa intacta.

—Entonces, por eso decidiste desempeñar el papel de mayordomo...

—Era preciso saber definitivamente si Gramstock estaba muerto. No es la primera vez que un estafador finge su muerte para salir de apuros y luego resulta que no era cierto. —Lo hacías muy bien— rió ella. —Yo creo que nunca volveré a tener un mayordomo tan atento, ni tan servicial, ni tan... Pero tú, Philo, tenías unas referencias auténticas que me enseñaste.

—Referencias proporcionadas por los amigos que conocían todos mis problemas y que quisieron ayudarme sin reservas.

—Viniste hecho un pobretón, con las ropas viejas, sin dinero...

—Eso formaba parte del plan, pero desde luego, no estaba muy lejos de la ruina total.

Daphne se le acercó impulsivamente.

—Philo, antes dijiste algo que me gustó muchísimo. Dijiste que yo iba a tener un esposo y que desde luego este esposo no sería el impostor. Repítelo, por favor.

Dennison sonrió, dejó la copa a un lado y acercándose lentamente, la abrazó fuertemente.

—¿Me quieres por esposo?

Ella lanzó un prolongado suspiro.

—¿Y quién podría decir que no? —murmuró.

La puerta del salón se entreabrió.

Betty y Peggy contemplaron la escena, con los ojos llenos de

envidia.

—Lo ha conseguido —dijo la primera.

—Ya es suyo —añadió Peggy.

Detrás de ellas, sonó la enérgica voz de Martha, diciendo:

—Chicas, no molesten; es de muy mala educación intentar ver qué hace la señora cuando está a solas... con su querido mayordomo.

Dennison alzó la cabeza un poco, miró hacia la puerta y luego sonrió.

—Tengan la bondad de cerrar, señoritas —ordenó.

La puerta se cerró.

Dennison volvió a buscar la boca de Daphne.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.